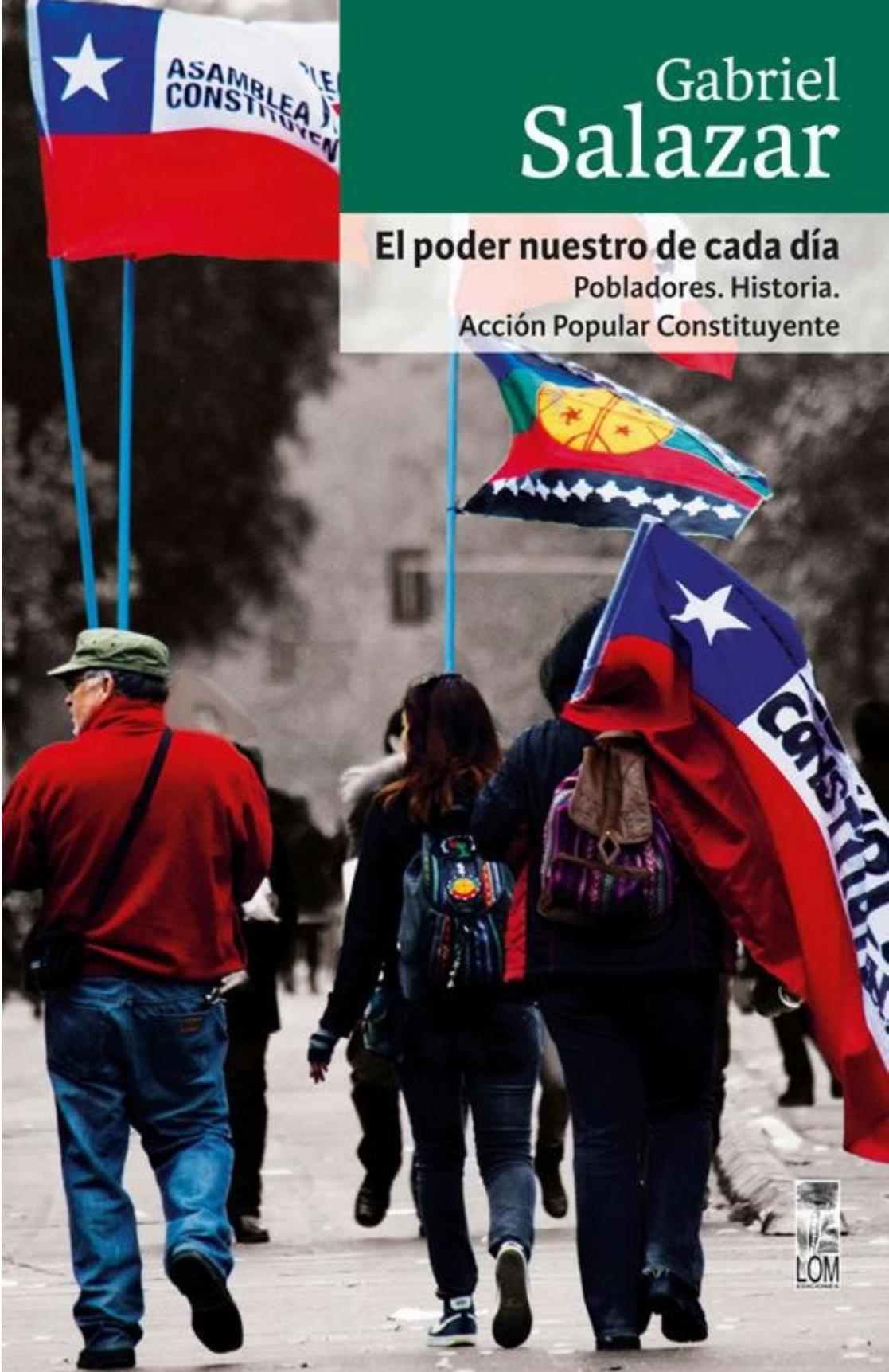


Gabriel Salazar

El poder nuestro de cada día

Pobladores. Historia.
Acción Popular Constituyente

LOM
EDICIONES



Gabriel Salazar

El poder nuestro de cada día

Pobladores. Historia.
Acción Popular Constituyente

LOM
EDICIONES

Gabriel Salazar

El poder nuestro de cada día

Pobladores. Historia.

Acción Popular Constituyente



LOM PALABRA DE LA LENGUA YÁMANA QUE SIGNIFICA SOL

© LOM Ediciones

Primera edición, 2016

ISBN Impreso: 978-956-00-0821-3

ISBN Digital: 978-956-00-0878-7

Diseño, Composición y Diagramación

LOM Ediciones. Concha y Toro 23, Santiago

Fono: (56-2) 688 52 73 • Fax: (56-2) 696 63 88

www.lom.cl

lom@lom.cl

Nota preliminar

Esta publicación surge de una solicitud realizada el año 2013 por el Movimiento de Pobladores en Lucha (MPL) y la Asociación Nacional de Deudores Habitacionales (ANDHA Chile a luchar democrático) al historiador Gabriel Salazar, en la que le planteaban la necesidad de contar con una «carta de navegación histórica» para las asambleas populares de base que les permitiera orientar la discusión en torno a una nueva Constitución.

Gabriel Salazar respondió a esa petición con el documento Dispositivo histórico para asambleas populares de base, que se proponen desarrollar su poder popular constituyente, que conforma el grueso de esta publicación, a la que le precede una «Introducción» que ha sido transcrita –y editada– desde el registro oral del momento en que el historiador entregó y presentó el documento a los pobladores. Hacen parte también de este libro el documento elaborado por la Federación Nacional de Pobladores y Pobladoras de Chile (FENAPO): La vía popular y de los pueblos a la constituyente social; la propuesta base para una constituyente realizada por los pobladores, titulada Declaración de las bases populares y ciudadanas manifestada en la lucha constituyente social, y un anexo gráfico que reúne actas de encuentros locales, afiches, llamados y convocatorias para la discusión de la constituyente.

El conjunto aquí reunido da cuenta de una inquietud desde la base, una necesidad y el desarrollo de un proceso, donde hay una integración poco vista – por no decir inédita–, entre el quehacer académico y el popular que genera diálogo, intercambio y deliberación, abriendo puertas y fortaleciendo la posibilidad de un proceso constituyente desde las bases populares.

El documento «Dispositivo histórico...» es un texto pedagógico que releva el capital social acumulado, define metas sin dejar de admitir los límites, y sugiere

que se necesitan cambios culturales importantes para producir las transformaciones que permitan abrir un proceso constituyente desde la base. Señala así que este es un proceso de largo aliento y de riguroso trabajo de base, siendo una etapa fundante el desarrollo del poder local, y desde allí, paso a paso, «lento, pero firme, seguro y bien hecho», cuando los ciudadanos hayan ejercitado su poder soberano, se puede pensar en el nivel regional y nacional. Sin duda el texto entrega muchos insumos para la reflexión y la discusión, así como para la reconstrucción de una comunidad deliberante, interesada en recuperar su poder soberano en cuanto ciudadanía, e involucrada activamente en el devenir de su comunidad.

Las organizaciones que animaron e hicieron posible el documento núcleo del libro, hace algunos años ya se han puesto en marcha en este proceso, y los antecedentes que aquí nos entregan dan cuenta de ese andar. No nos queda más que agradecerles la iniciativa y el trabajo que siguen desarrollando.

Queremos reconocer también a Ediciones CTIT, quien hizo el trabajo inicial de compilación, transcripción y edición de los documentos que aquí se reúnen, material que se encontraba en determinadas páginas web en el estado original*. Nuestro agradecimiento por la disposición y generosidad al hacernos entrega de este material para su publicación.

LOM ediciones

Carta a Gabriel Salazar*

SR. GABRIEL SALAZAR VERGARA

Historiador

Presente:

Estimado profesor, junto con extender nuestros saludos, los movimientos sociales abajo firmantes acudimos a usted para manifestar y solicitar lo siguiente:

Los pueblos de Chile y los movimientos sociales, en nuestro camino de lucha ancestral por la vida digna, hemos despertado nuevamente un poder que ha estado siempre en nosotros.

Nuestro poder constituyente, popular y ciudadano –sembrado en las calles y asambleas– está a punto de parir una nueva era donde el pueblo manda y la autoridad obedece. Hemos llegado a un trance histórico donde nuestros sueños son más grandes que el Estado que nos opprime y el mercado que nos explota.

La convergencia de las fuerzas constituyentes en Chile es inevitable. Sin embargo, los movimientos sociales y los pueblos en rebeldía enfrentamos la misma amenaza histórica que ha segado el fruto prematuro de nuestra deliberación y postergado el ejercicio de la soberanía desde abajo. En esta vía

constituyente necesitamos encontrarnos con todas las fuerzas caminando hacia una nueva sociedad con un nuevo proyecto de vida digno para todos y todas. Creemos que el ejercicio de la memoria popular con el apoyo de la disciplina de la Nueva Historia Social debe alumbrar esta senda de unidad y transformación.

Hoy necesitamos una carta de navegación histórica que nos permita a todos los movimientos sociales y comunidades organizadas en asambleas encontrarnos en un mismo espacio y tiempo donde deliberaremos de forma libre y soberana una nueva Constitución, es decir, un nuevo Estado.

Requerimos que este dispositivo histórico propuesto para la convergencia constituyente sirva para convocar y articular un proceso deliberativo desde abajo, que vaya generando las bases de una nueva institucionalidad, el programa político de nuestro autogobierno y los delegados de un nuevo Congreso.

Conscientes del rol histórico que asumirá este mecanismo, ponemos a disposición toda nuestra colaboración y le deseamos éxito en sus estudios.

MPL-Chile, Movimiento de Pobladoras y Pobladores en Lucha

ANDHA Chile a Luchar Democrático,

Agrupación Nacional de Deudores Habitacionales

Dispositivo Histórico
para Asambleas Populares de Base,
que se proponen desarrollar su
poder popular constituyente

Introducción

Había interés por contar con un documento simple, sencillo, para poder ir trabajando desde la Historia, desde la experiencia acumulada por el propio pueblo chileno en su historia, cuando se ha planteado un tema constituyente. Y de alguna manera, poder fortalecer nuestra ya presente cultura de ejercicio de poder popular.

Acogí la idea porque no milito en ningún partido político, ni pienso hacerlo, por de pronto. Tampoco suscribo a priori a ninguna ideología. Mi manera de militar es desde una disciplina, en este caso la Historia Social. Porque ya investigar la Historia Social es un desafío no sólo académico, sino también político. Presentarla hoy día, difundirla, con los hallazgos y resultados que uno va encontrando en la investigación que se realiza, no es fácil, porque las universidades en general no acogen este tipo de disciplina ni este tipo de historiadores –habemos muy pocos en Chile–, y menos que estén difundiendo esto con una intencionalidad política, la política en el «buen sentido», no la política de «los políticos», sino de los ciudadanos, del movimiento popular y del poder popular.

En esa lógica es que acepté el desafío.

El texto mismo está pensando como «dispositivo histórico», no ideológico, no programático, no es una plataforma de lucha, sino que intento reconocer los dos procesos anteriores donde el pueblo se jugó por sí mismo para dictar una Constitución, es decir para ejercer Poder Constituyente. En dos períodos ocurrió eso. En ningún libro se cuenta, excepto los nuestros. Quiero decir que la historiografía tradicional, los textos escolares y aun la historiografía de «izquierda» no dan cuenta de este fenómeno.

La historiografía de izquierda nos habla de lo malo del imperialismo, de los monopolios, de la oligarquía, de la ineludible lucha del movimiento obrero (no de los pobladores) y de la importancia que en eso han tenido los partidos políticos, que tienen representación dentro del Congreso Nacional, aceptando una Constitución ilegítima y liberal, tanto la de 1925 como la de 1980.

Por eso esa historiografía, con todo lo que tiene, no ha sido absolutamente científica, ni realmente comprometida con todos los elementos que comprenden la clase popular. Ha privilegiado los partidos políticos, la clase política, la ideología extranjera importada, la clase obrera –con empleo, con trabajo, con sindicato, con partido, con leyes protectoras–, pero no a la gran masa marginal, a las mujeres, a los niños, a los jóvenes, a los pobladores y a todos los que tienen conflictos con la justicia.

Por eso nos pareció muy importante destacar esos dos momentos y que no luchamos sólo contra el patrón, sino luchamos para cambiar el Estado y para construir «nuestro» Estado, que en una lucha autónoma, sin partido, sin dirigentes políticos profesionales y sin suscribir a ideologías extranjeras.

Digámoslo con mucho respeto, pero al mismo tiempo como una gran verdad: nuestras ideologías de lucha (que es nuestro pasado), al menos desde 1930 a 1973 y aun después, son todas ideologías importadas. Una, de la URSS, con mucho respeto, pero no es nuestra cultura contestataria, no es nuestra memoria, no es nuestra historia, no son nuestras prácticas, no es nuestro poder. Otras, importada de China, maoísmo; importada a veces de Alemania, Rosa Luxemburgo; de Francia, Louis Althusser, Nicos Poulantzas; de Italia, Gramsci; de Corea del Norte, Kim Il-sung; de Vietnam, HÔ Chí Minh; de Cuba, Fidel y el Che.

Nunca hemos luchado desde nuestra memoria, desde nuestra cultura, desde

nuestra historia, con nuestra teoría, con nuestra voluntad cultural o intelectual. Por eso es bueno reconocer las luchas cuando las hemos dado con perfecta autonomía. Y ha habido dos momentos en la historia de Chile en que se ha luchado para construir el Estado, sin ideología extranjera, sin partido político con representación parlamentaria, absolutamente en base a la deliberación ciudadana y a la cultura social-popular.

Esos dos momentos fueron hace mucho tiempo.

El primero, entre 1823 y 1829, una etapa en nuestra historia que se ha contado siempre bajo un epíteto despectivo: «anarquía», «desorden», «caos». Porque siempre, para las clases dominantes, cuando la clase popular se autonomiza es caos y anarquía.

El segundo gran momento aconteció entre 1918 y 1925, incluso hasta 1932. También este período ha sido ignorado completamente.

Movimientos sociales autónomos ejerciendo poder popular local y planteándose desde allí para dictar una Constitución Política.

La izquierda ha ignorado ese fenómeno, hasta el punto en que ha desautorizado a Luis Emilio Recabarren, quien dirigió el proceso entre 1918 y 1924, cuando se suicida. De ahí que según Recabarren, la clase popular tenía que autoeducarse y desarrollar su inteligencia para administrar recursos propios, comunales, locales, y al aprender a administrar recursos podía aprender a gobernar, y después de hacer eso y sólo después de hacer eso, dar el salto a la Asamblea Constituyente. Ese era el discurso de Recabarren. Cuando ya sepamos gobernar, esa capacidad adquirida de gobierno la transformamos en un texto constituyente. Por tanto, el texto constituyente no puede ser algo que inventemos, a priori, discutiendo, leyendo, que es lo común. No. Es la expresión del poder que ya estamos

ejerciendo, que ya lo hemos probado, que ya lo hemos demostrado, que lo tenemos ya como una práctica adquirida. Cuando sepamos hacer eso, decía Recabarren, iremos a nivel nacional, controlaremos el Estado nacional y aplicaremos ahí nuestro poder y nuestro modelo.

Lo que decimos en este texto («Dispositivo histórico...») está basado en esas dos experiencias.

Yo no las describo de nuevo, para eso están los libros de historia, sino que de ahí saco las conclusiones, las críticas a ciertas prácticas y la denuncia a partir de lo mismo, de ciertos peligros que nos van a rodear más adelante o que ya pueden estar infiltrándose dentro de nosotros.

Lo que aquí decimos está basado en esas experiencias y en base a esas experiencias podemos deducir que «es bueno hacer esto», «es bueno no hacer esto», «por aquí hay un peligro», «por aquí hay una posibilidad».

Por eso decimos, autónomamente, sin partido, en ninguno de los dos períodos.

Recabarren fundó un partido. Pero él fue claro. El partido era otra tribuna, porque el proceso central, el poder efectivo, lo iban a ejercer los trabajadores a través de la sociedad de mutuales, las mancomunales, y la Federación Obrera de Chile (FOCH). La FOCH iba a gobernar, dijo él, como FOCH, no el Partido Obrero Socialista, ni el Comunista, que él creó. Esos eran aditivos, otras formas de hacer tribuna, otras maneras de presentar lo que el pueblo pensaba. Pero el poder central va por, decía Recabarren, mutual, mancomunal, federación, es decir los trabajadores propiamente tales, no sus intermediarios, no sus representantes.

Por eso el texto insiste en el «no a los partidos», al menos por el momento. Después que creemos el Estado, podemos permitir que existan partidos. Porque todos los partidos han sido criaturas de la Constitución, no generadores de Constitución. Han ejercido poder legislativo, no poder constituyente. Los partidos políticos, mirados desde el pueblo, nunca han construido la Constitución. Nunca han cambiado la Constitución. Los partidos la han respetado todo el tiempo.

El texto recoge la experiencia del pueblo, como pueblo, cuando ha querido ejercer el poder constituyente.

Otra cuestión importante es aplicar un tipo de análisis muy frecuente en nuestro tiempo y que se ha utilizado mucho en los programas de desarrollo local, y también en los movimientos sociales más exitosos, como el Movimiento de los Sin Tierra en Brasil, que es el estar continuamente evaluando dónde está nuestro capital, nuestro poder real, nuestras fuerzas, nuestras «fortalezas» como dicen los metodólogos. Porque es bueno partir del poder que tenemos. Se trata de desarrollar y expandir el poder que tenemos. Pero asimismo hacer el balance de nuestras debilidades, de nuestro déficit, porque también es bueno superar nuestras debilidades, potenciar nuestras fortalezas e impartir el poder.

Todo el texto está pensado como eso: aumentar el poder que ya tenemos, porque no somos tan pobres ni necesitados como para no tener una cuota de poder. ¡Tenemos una cuota de poder! Y el texto hace una apuesta, porque la experiencia antigua nos enseña que nuestro poder se maximiza en lo local, pues ahí somos fuertes, ahí somos más, ahí conocemos nuestro terreno, ahí nos conocemos todos, sabemos quién es el otro, sabemos quién es quién. Ahí tenemos nuestras capacidades múltiples. Que uno es profesor, que otro es albañil, que otro es constructor, que otro es abogado, etc. Podemos hacer lo que queremos, somos la clase productora de este país. Pero es cuestión de saber constituir ese poder con las capacidades de todos. Y ese poder es mucho más fácil ejercerlo en lo local. Por tanto, el texto aporta a potenciar el poder local, primero que todo. Porque el poder no sólo consiste en juntarnos para sobrevivir en una olla común, o armar

una empresa constructora para abaratar el costo de producción de nuestras viviendas. Está bien. Pero, sobre todo se trata de gobernar, como decía Recabarren. No se trata sólo de resistir o de sobrevivir. Por ende, hay que expandir este modelo.

Ejemplo de ello es lo que se está discutiendo en Calama, en Freirina. «Ya que estamos organizados», piensan, «¿qué hacemos con este poder de nuestra asamblea?». En Calama pueden pensar: «Podemos obligar al gobierno y a las otras empresas mineras a invertir el 25 ó 30 % de sus ganancias netas en Calama». Podemos obligar a todas las empresas locales, trabajando las riquezas naturales, y las [otras resultado de] la elaboración productiva, a invertir las ganancias allí y que generen más empleo, y que no vayan contaminando el aire; que trabajen de común acuerdo con la asamblea local. Nosotros podemos influir en cómo se invierte ese porcentaje y participar en la administración de esas inversiones.

Recabarren dijo «tenemos que controlar los municipios», porque los municipios manejan los servicios públicos. Por tanto, el pueblo tiene que controlar el municipio, y al controlar el municipio, tiene que controlar las empresas de servicio público con criterio comunitario, no con criterio de ganancia privada. Eso es lo que propuso. Por eso Recabarren decía que el socialismo se construye primero que todo en la comunidad, como socialismo municipal, manejando empresas locales, interviniendo en la administración de los recursos.

Con mayor razón interviene en la educación. Por ejemplo, podemos obligar a los sostenedores de colegios a establecer cierto tipo de contrato, a que su programa de estudios coincida con nuestros intereses, que enseñen a nuestros niños a hacer lo que nosotros queremos hacer, que se sumen con sus capacidades a nuestras capacidades. La educación tiene que potenciar lo que somos, no se tiene por qué enseñar una cultura occidental de Finlandia, ¿para qué queremos eso? Es bueno saber lo que son las ciencias occidentales, pero lo más importante es desarrollar las capacidades que necesitamos para construir Estado, construir mercado, construir la sociedad que queremos. Una comunidad local, una asamblea

territorial que se autoeduca para empoderarse totalmente, puede ejercer un poder creciente. Tenemos la mala costumbre, cada vez que tenemos problemas,

de recurrir al Estado nacional. Vamos desfilando frente al Estado, vamos pidiéndole al Estado, levantando el puño frente al Estado, que es donde no tenemos fuerza, donde no tenemos poder. Ahí están los políticos, ahí están los militares, ahí están los grandes empresarios, ahí está la clase política. Somos débiles.

En 200 años hemos perdido todas las peleas del Estado. Incluso hemos retrocedido. Desde La Colonia hasta 1973, la educación era gratuita. Solamente pagaban los estudiantes que iban internados a los colegios: al Instituto Nacional, al Colegio Ignacio Alonso Ovalle, al Instituto Nacional Barros Arana. Pero hoy no hemos logrado NADA. Los estudiantes ya llevan 8 años desfilando frente al Estado y la educación sigue igual.

Debemos actuar fuerte donde tenemos más poder, pero en el Estado nacional todavía no tenemos poder. Por eso, para desarrollar la constituyente hay que desarrollar el poder local, hasta que se convierta en poder constituyente. Después de eso y hasta que tengamos ese poder aprendido, convoquemos una asamblea constituyente.

Podemos invitar a los políticos como ciudadanos, a los militares a que sean ciudadanos. No podemos seguir respetando ese artículo de las constituciones que dicen «los militares no deliberan», «son esencialmente obedientes». Al imponer esa cláusula, le quitan la ciudadanía al militar. Entonces el militar no delibera, sino que conspira, que es peor.

Tenemos que reintegrar a los militares a nuestra cultura ciudadana, que vengan a esta asamblea, que vayan a los colegios donde vamos, que se preparen en las universidades donde estamos, que no vayan a Panamá, que no vayan a la «Escuela de las Américas», que no vayan donde se les enseña «guerra sucia» que

es contra su propio pueblo. No podemos seguir admitiendo que los militares se eduquen en EUA para atacar a su pueblo, ¡hasta cuándo es eso!

Son tareas de un movimiento popular, de una comunidad ciudadana, de una ciudadanía soberana, de una clase popular que aprende soberanía, y esa tarea hay que irla haciendo desde ya.

Lo que nos enseña esto es que hay que tener también una política militar, lo que no significa agarrar las armas, sino la reeducación a los militares.

El texto apunta a todo eso: ¿Qué capacidades tenemos hoy (que no son pocas)?, ¿cuánto terreno hemos avanzado (que es significativo)?, ¿cuáles son nuestras debilidades (que son muy potentes porque son de arrastre, de medio siglo hacia atrás que vienen)?

Lo que se trata es de potenciar el capital que ya tenemos, superar las debilidades y entender (la historia nos enseña) que EL PODER POPULAR ES ESENCIALMENTE LOCAL. Y desde lo local se puede expandir y desarrollar para que tengamos poder suficiente para gobernar lo local, lo intercomunal, lo regional. Después de eso podemos, con seguridad, llamar a una Asamblea Constituyente.

Lo importante es desarrollar el poder nuestro, ya que esto es un proceso, no es un acto, como lo es la Asamblea Constituyente. Hay que invertir en el proceso constituyente. La solución no es la Asamblea Constituyente; la solución es el poder constituyente. Y eso hay que desarrollarlo, porque no lo tenemos. Cuando lo tuvimos, lo aplastaron, y después lo convirtieron en movimiento de masas, no en un movimiento con poder constituyente. Entonces ahora estamos aprendiendo solos.

Lo interesante es que ha surgido por sí solo y eso es lo significativo, porque lo que estamos hoy día viviendo es el tercer gran movimiento popular que apunta a desarrollar poder constituyente.

Por eso yo recomendaría (recomendación pedagógica) que antes de leer este texto, o antes de discutirlo, se vea la tercera parte del documental de Patricio Guzmán «La Batalla de Chile». Ahí se puede ver cómo tenían claro, para 1973, el crear poder popular. Hoy es como si eso hubiese sido ayer. Es la continuación de la memoria popular.

Gabriel Salazar

1

Proyecto general y objetivo principal

El objetivo último y más trascendental de las bases y asambleas populares debe ser siempre desarrollar sus capacidades colectivas para:

- a) diagnosticar claramente los problemas que las afectan,
- b) acordar en conjunto soluciones para esos problemas, y
- c) acumular el poder necesario para imponer esas soluciones por sí mismas.

Si esas tres capacidades se desarrollan, entonces las bases y asambleas populares están en condiciones de actuar con soberanía. Ésta no es, por eso, sólo un «derecho inalienable» de los ciudadanos y del pueblo; es y debe ser siempre un ejercicio efectivo de poder. Pues, ¿de qué sirve tener derechos si no se tiene poder?

Las bases y asambleas populares no deben concentrarse en, ni acostumbrarse sólo a pedir y protestar, o sólo a marchar y desfilar (por ese camino se obtiene del Estado sólo migajas), sino en educarse a sí mismas para ser soberanos, para ser capaces de reunir y/o crear los recursos necesarios para imponer soluciones concretas, pues nadie nos va a enseñar a ser soberanos. Nadie.

Por tanto, debemos auto-educarnos. Y este proceso de auto-educación no es ni puede ser sólo un aprendizaje teórico, sino, al mismo tiempo, también práctico. Es decir, se aprende mejor a ser soberanos haciendo cosas por nosotros mismos en lo local, en lo pequeño, allí donde nos conocemos, donde somos más y donde somos más fuertes.

Porque, para cambiar la realidad, no es necesario empezar tomando por asalto las grandes estructuras nacionales o mundiales, sino las bases locales de esas estructuras, aquellas que están instaladas en nuestro propio territorio, valle, barrio, caleta o población. Si comenzamos a controlar o a administrar de modo creciente las bases locales de las grandes estructuras, ¿en qué se van a sostener esas grandes estructuras?

Mediante una auto-educación permanente vamos a ir conociendo mejor nuestro territorio, los recursos que contiene, los procesos productivos y comerciales que sostiene, quién es quién en él, también a nosotros mismos como portadores de capacidades que, si se integran y se combinan unas con otras, dispondríamos de un poder de realización cada vez mayor.

La idea es aumentar siempre nuestra cultura soberana. Siempre. Todos los días. Porque así, y sólo así, seremos capaces de controlar, influir y/o dominar no sólo los procesos locales, sino también –si nos asociamos con otras bases y asambleas populares vecinas y coterráneas– los procesos provinciales y regionales. Debemos tratar de ensanchar poco a poco, pero siempre, nuestros ejercicios prácticos de poder.

Si vamos haciendo eso consistentemente, pacientemente, estaremos impulsando un proceso socio-cultural de desarrollo del poder popular, retomando un proceso que comenzó allá por los años setenta, en tiempo de Allende («¡crear, crear, poder popular!»). Reanudaremos la tarea inconclusa de desarrollar

conscientemente nuestra soberanía, donde el «poder popular» es, ante todo y sobre todo, esencialmente el mismo proceso de autoeducación y desarrollo. Los grandes movimientos socio-culturales y los procesos históricos de desarrollo soberano del pueblo son armas políticas de largo alcance y de difícil control y represión por parte de los gobiernos de turno.

Los gobiernos tienden a ponerse en guardia y a reprimir a las masas en la calle y a las organizaciones que anuncian a voz en cuello lo que se proponen. En esto han acumulado, durante siglos, una gran maestría. Pero no tienen la misma eficiencia en detener, controlar o reprimir los procesos socio-culturales del pueblo y la ciudadanía (¿Han podido detener, por ejemplo, el torrente de desprecio que ha afectado a los partidos políticos y a los políticos mismos? ¿Han podido detener la autonomía creciente que se observa en los movimientos ciudadanos recientes?).

Si trabajamos para desarrollar un proceso de ese tipo (sin correr ni precipitarse), se llegará a un momento en que nos daremos cuenta que, haciendo eso, hemos logrado construir en nosotros mismos (nuestras bases y asambleas) un efectivo poder constituyente. Y que, por disponer ya de él, podemos, por nosotros mismos, convocar, organizar y controlar una genuina y legítima Asamblea Nacional (Popular) Constituyente.

Porque ése es, en definitiva, el objetivo último del proceso del que estamos hablando. Si ese objetivo es alcanzado del modo en que aquí se ha esbozado, estaremos en condiciones de cambiar nuestra realidad en la dirección y de la forma que queremos.

El capital social nuestro de cada día

¿Cuáles son los recursos y el capital social inicial con los que contamos para iniciar o avanzar en ese proceso? ¿Cuál es la cuota de poder de la que ya disponemos?

a) Somos muchos (la mayoría en este país). En nuestro territorio local, hemos sido, somos y seremos siempre más. Y somos, además, diversos: hombres, mujeres y niños; viejos, maduros, jóvenes y «cabros chicos». Somos, además, múltiples: hay trabajadores de la construcción, obreros, comerciantes, profesores, estudiantes, dueñas de casa, raperos, flaites, bacanes, punks, traficantes, enfermeros, doctores, ferianos, choferes, gasfiteros, electricistas, etc. Por esto mismo, tenemos capacidades múltiples. Hacemos de todo. Si nos juntamos todos, para trabajar «todos», por «todos» nosotros, podemos, si queremos, levantar una pequeña ciudad, con escuelas, consultorios, veredas, grifos, casas, etc. Y podemos además, si queremos, administrarla y gobernarla. ¿No somos la clase trabajadora y la verdadera clase productora de este país? ¿Qué serían las ciudades sin nosotros?

b) Tenemos, además, memoria. Mucha memoria. Memoria social, de nosotros mismos, de cómo hemos llegado a ser lo que somos, de cómo vivimos nosotros y cómo vivieron nuestros padres y nuestros abuelos. Tenemos experiencia de ser pobres, de ser trabajadores, de lograr lo que tenemos por nuestro propio esfuerzo. De cómo se vive endeudado. Y recordamos perfectamente cómo nos tratan y nos han tratado los patrones, los políticos, los militares, los jueces y la policía. Y de cómo todos ellos han fracasado en desarrollar este país con nosotros dentro. No nos vengan con cuentos, arengas ni discursos demagógicos

y electoreros. Nos duele lo que nos duele y sabemos lo que sabemos. Y por eso tenemos que creerle más a nuestra memoria que a los textos escolares o al discurso de los políticos. Tenemos verdades y certezas por montones. Podríamos contar la verdadera historia de Chile.

c) Tenemos, además, cultura social popular. Porque la «cultura» no es más que el cultivo del hombre y de la mujer como ser humano y por la «humanidad» misma. «Cultura» es construir identidad a pulso, como se pueda, con lo poco que hay, lo poco que nos dan y lo mucho que nos cobran. Cultura es, por eso mismo, sentimiento, memoria, rabia, capacidad, creatividad y todo eso que nos lleva a luchar, a cantar, a amar, a estudiar, a levantar utopías de un mundo mejor, etc. Lo que somos, en tanto es producto de nuestra creatividad, perseverancia, lucha y solidaridad, es cultura viva. Por eso los jóvenes nuestros procuran estudiar hasta el más alto nivel, o trabajan en lo que pueden, y si no estudian ni trabajan, crean su propio mundo. Y por eso tenemos rock, punk, rap, música popular a borbotones, talleres culturales locales, talleres de historia local. Nuestros estudiantes «usan» la universidad para estudiarse a sí mismos, a nosotros mismos, para potenciar la cultura propia y autónoma de la clase popular. Y es cultura nuestra. ¿Tienen cultura propia nuestras élites dirigentes? ¿O son meros imitadores de algo que ellos nunca han creado?

d) Tenemos ahora –como nunca antes– ciencias amigas que nos están estudiando en detalle, para beneficio nuestro. Es primera vez en la historia que nuestra memoria y nuestra cultura social tienen, en solidaridad y cooperación, ciencias que apuntan a desarrollar y potenciar, precisamente, esta memoria, esta cultura y, en definitiva, nuestro poder. Antes, en la otra democracia (tiempos de Frei Montalva o Allende Gossens), teníamos ideologías lejanas para tratar de entendernos, interpretarnos y proyectarnos. Algunas venían de Rusia, otras de Alemania, otras de China, otras de Corea del Norte, otras de Vietnam, otras de Cuba, etc., pero ninguna de Chile mismo. Todas ellas llegaban y se quedaban en forma de libros, y teníamos que memorizarlas como papagayos. Hoy, en cambio, tenemos memoria y cultura social propias y, como se dijo, un haz de ciencias amigas: la Psicología Comunitaria (que ha estudiado el impacto de la dictadura en la juventud de ayer y hoy, o los mecanismos que permiten el desarrollo de organizaciones comunitarias), la Historia Social (que estudia la historia de Chile

desde abajo: la clase popular, y desde dentro: del interior del sujeto de carne y hueso), el Trabajo Social (que opera facilitando el diseño y ejecución de proyectos locales de desarrollo) y la Sociología del Desarrollo Local (ídem). No necesitamos más ideologías vulgarizadas, porque tenemos memoria y ciencia popular propias. Por eso se están creando escuelas populares propias. Y debiéramos aprender a controlar y dirigir todas las escuelas donde se educan nuestros hijos. Si seguimos así, podremos hacerlo.

e) Tenemos comunidades crecientemente deliberantes. Como se sabe, para que haya «soberanía ciudadana» se requieren dos requisitos fundamentales: que la población local (popular) esté asociada con un sentido y una conciencia de comunidad solidaria y vecinal, y que esa comunidad delibere sobre los problemas que la afectan y sobre las propuestas que tendrá que imponer para resolverlos. Si no hay comunidades deliberantes, no hay ni puede haber procesos auto-educativos, ni procesos de desarrollo de la soberanía popular. Ni habrá jamás poder popular constituyente. La comunidad de Freirina deliberó para encontrar el curso de acción que terminó por expulsar a Agrosuper del valle del Huasco y la táctica para deshacerse del Cuerpo Especial de Carabineros. También lo hicieron antes, de un modo parecido, las comunidades ciudadanas de Magallanes y de Aysén. Son nuestros nuevos «ejemplos de lucha».

En suma: tenemos un capital socio-cultural de partida, absolutamente nuestro, que no es nada despreciable. Estamos mucho mejor que en la década de 1960, cuando sólo teníamos a nuestro favor una ideología, un partido y un puñado de dirigentes.

3

Nuestras flaquezas tradicionales

¿Qué tenemos en contra? ¿Qué es lo que nos está frenando o puede frenarnos en el camino?

No podemos ni creer ni pensar que, por lo dicho en la sección anterior (la de nuestras «fortalezas»), somos perfectos o que no necesitamos nada más para lanzarnos a convocar una Asamblea Constituyente. ¿Cuáles son nuestros déficits y debilidades en relación a los objetivos que nos proponemos?

a) Tenemos una larguísima (200 años) tradición de marginalidad con relación a las decisiones que se toman en esta sociedad. Como Chile ha sido un país brutalmente centralizado y dominado por una oligarquía compuesta de comerciantes especuladores, políticos profesionales y generales golpistas, no ha habido nunca ningún mecanismo constitucional de participación ciudadana. Solamente nos han dejado el derecho a «petición» y, en el siglo XX, el voto «individual» que no resuelve nada («si el voto resolviera algo –escribieron los estudiantes en una muralla–, entonces estaría prohibido»). El mismo centralismo ha pulverizado las comunidades locales de provincias y regiones. Resultado: somos «individuos» (la mayoría sin comunidades de pertenencia) y con derecho a voto «individual»; es decir, somos un agregado de números. Una masa peticionista. Una masa mendicante y, a lo más, protestante. Una masa que necesita que los políticos y el Estado le resuelvan todo. Es cierto que hoy estamos dejando de lado el individualismo y el peticionismo, pero también es cierto que hay muchos chilenos en los cuales todavía pesa dominantemente la «cultura de masas» y el individualismo. Y, por tanto, ese tipo (empobrecido) de conciencia política. Y a muchos les resulta hoy más cómodo marchar, desfilar y

protestarle al Estado la solución de nuestros problemas, que pensar, deliberar y resolverlos por nosotros mismos. Y esta cultura «de masas» aparece todavía, de una forma u otra, en nuestras organizaciones gremiales aún queda mucho de ella, por ejemplo, en la CUT, en el Colegio de Profesores, entre los trabajadores de la salud, etc. Aquí tenemos un déficit grave, una carga del pasado que nos impide desrabarnos y avanzar en la dirección que el pueblo puede y debe marchar hoy: en el desarrollo de su autonomía. Deshacernos de esta carga es una de las grandes tareas de nuestro «proceso de desarrollo».

b) Tenemos una tendencia a respetar más la ley que nos han impuesto de modo ilegítimo los generales golpistas, que a hacer valer nuestro poder constituyente y legislativo. Es bueno y saludable respetar las leyes, pero las leyes «legítimas», no las que han sido impuestas por la fuerza y sin participación ciudadana. El Código del Trabajo de 1931, por ejemplo, fue un proyecto capitalista-liberal impuesto por un decreto dictatorial, pero los trabajadores lo respetaron escrupulosamente durante 40 años, hasta 1973. Y ahora están respetando el Código del Trabajo de 1979, que es tan liberal, ilegítimo y dictatorial como el anterior. Las huelgas contra el patrón están bien, son justas en un sentido «económico», pero la lucha de clases no puede ser sólo económica, ya que la abolición inmediata de esos códigos laborales es una cuestión política de urgente ejecución. Y esto último es también, en su forma superior, lucha de clases. Lo mismo se puede decir de las constituciones políticas: ninguna ha sido legítima, ni en ninguna hemos participado soberanamente. Pero toda nuestra lucha «de clases» del período 1938-1973 la desarrollamos respetando la Constitución liberal e ilegítima de 1925. Y ahora llevamos 30 años de acatamiento de las Constitución liberal e ilegítima de 1980. Y no se trata de jugar a desobedecer la ley por desobedecer la ley, sino de deliberar para proponer e imponer las leyes justas que necesitamos. Tampoco se trata de desgastarnos en protestar contra la ley. Esto no nos ayuda demasiado y no favorece mucho al desarrollo efectivo del poder popular constituyente y legislativo.

c) Tenemos otra tendencia peligrosa: nos gusta mucho luchar como individuos y personas para desarrollar una carrera como dirigente, líder, parlamentario y, en definitiva, como clase política. Y «apernarnos» en cargos de dirección. En el pasado, muchos militantes no querían otra cosa que ser dirigentes y, al final,

políticos de renombre. Y para eso usaban como escalera los cargos de «representación» popular, las direcciones sindicales, las federaciones estudiantiles, los cargos de regidor o alcalde, etc. La tendencia subjetiva a hacer «carrera política» fue el factor principal de la formación de oligarquías dirigentes en la cabeza del movimiento de masas, en la cúpula de los partidos, que además se peleaban entre ellos para alcanzar los cargos supremos: Secretario General del Partido, diputado, senador, ministro, etc. Eso condujo al enquistamiento petrificado de una «clase política» que, al final del día, atiende más a su negocio gremial que a la voluntad soberana del pueblo. Y así termina usurpando la soberanía popular. Es indispensable anular o neutralizar la tendencia compulsiva a la «carrera política», y mantener siempre alerta y viva la soberanía deliberante de la asamblea, permanente la revocación de cualquier cargo representativo, la rotación de los cargos y el enjuiciamiento a los representantes o mandatados del pueblo que no cumplen ni realizan la voluntad popular-ciudadana.

d) Tenemos también una tendencia a «igualarnos» a los estratos más altos de la sociedad tratando de «tener» tantas cosas como ellos, y nos esforzamos por comprar y consumir más por medio de un endeudamiento exagerado. Y la «deuda» (por la casa, por la educación de los niños, por la salud de todos, por el costo de los muebles, los electrodomésticos, el vestuario y por la necesaria entretenimiento) se nos vuelve descomunal y eterna, porque nuestro trabajo es precario, los salarios son bajos y los intereses que nos aplican las grandes tiendas por nuestras compras a crédito son groseramente usureros. Si asumimos la lucha por la igualdad aceptando el trabajo precario, un Código del Trabajo ilegítimo e injusto, y recargándonos con deudas infinitas para parecer que somos iguales en consumo, entonces estamos aceptando la vía de integración que el mismo sistema neoliberal nos está imponiendo, no la lucha revolucionaria nuestra, que empieza por eliminar el trabajo precario y el Código del Trabajo. Porque la igualdad comienza cuando el trabajo estable y el salario justo sean los que nos permitan pagar sin deuda lo que necesitamos. Debemos recordar que, en nuestro modelo neoliberal, es el endeudamiento usurero la fuente principal de la acumulación y del enriquecimiento de las grandes tiendas y las grandes cadenas de supermercados.

e) Nos queda también una herencia del pasado que nos dificulta desarrollar

plenamente nuestro poder ciudadano y popular: la tendencia a plantear nuestros problemas, de inmediato, a nivel nacional, a nivel de ministerio, a nivel de Estado y, por tanto, al nivel abstracto donde opera la Constitución Política, el Código del Trabajo, los partidos, los políticos y la demagogia. Esto es que nos acostumbramos a remitir nuestros problemas a ese nivel donde no hemos tenido ni tenemos poder y donde resuelven otros. A ese nivel donde nuestros problemas, después de 200 años de historia, todavía no se resuelven. Más aun: donde, por acción de «esa gente» y «esas leyes», esos problemas han empeorado. Porque en el pasado, por ejemplo desde la Colonia hasta 1973, la educación pública era gratis y gran parte de la privada (religiosa) también. Ahora, en cambio, para pagar la educación de un hijo que llega a la universidad (promedio: \$ 6 millones por una carrera de 4 años) tendríamos que trabajar tres años sin comer y durmiendo en la calle para cancelarla, si es que ganamos el salario mínimo. Y dos años si ganamos el salario «ético». No. No podemos jugarnos la vida en el nivel donde los políticos y las leyes que ellos hacen no están resolviendo ninguno de nuestros problemas mayores. Debemos hacer política no donde somos débiles (en lo nacional y en el Estado), sino donde somos fuertes (en nuestro territorio). Aquí, donde vivimos y nos juntamos, aquí, donde no nos vienen a contar cuentos, aquí, donde ellos son más débiles. Aquí somos asamblea soberana. Allá somos un número estadístico. Un discursillo populista, demagógico y efímero. Aquí, por tanto, podemos abrir las escuelas públicas que los alcaldes derechistas cierran para favorecer a las privadas, y administrarlas nosotros mismos (como es el caso de la Escuela de La Florida); podemos imponer nuestras condiciones a los centros de salud; ordenar el tránsito vehicular según nos convenga; construir plazas públicas; expulsar a las empresas que corrompen el medio ambiente (como en Freirina); chantajear las decisiones del alcalde y los municipios contrarios al pueblo. Y tenemos muchos antecedentes históricos al respecto: los comandos comunales de 1972, las Juntas de Abastecimientos y Precios de ese mismo año, el control obrero de la producción en las fábricas locales o en los centros comerciales locales, las «escuelas libres» que creó la Federación Obrera de Chile por 1920 en numerosos barrios de la ciudad, las empresas de servicio a la comunidad (luz, agua, transporte, etc.) administradas por los trabajadores (por las que luchó Luis Emilio Recabarren), los «diplomados populares» que han estado organizando los pobladores y algunas entidades gremiales, etc. En este plano hay mucho por hacer y en esto hay que ser creativos e imaginativos. Es el plano, repitamos, donde ellos son débiles, donde temen –y con razón– que pueden perder su propiedad o la administración de los recursos concretos del territorio, porque nosotros conocemos al detalle a nuestra gente y nuestro territorio. Es nuestra

verdadera «patria».

Es preciso deletrear y repasar minuciosamente (la lista puede ser más larga) nuestras debilidades. No podemos, como antes –cuando sólo éramos «masa»–, creernos omnipotentes porque nuestra causa es «justa», porque nuestra lucha es «a muerte», porque creemos con fe absoluta en nuestra «utopía» y en que nuestro «líder» es infalible y nos conducirá a la «victoria final». No. Debemos ser absolutamente claros de que no somos omnipotentes, sino un pueblo que tiene debilidades y fortalezas, y que lo que tenemos que hacer es superar esas debilidades y fortalecer esas fortalezas, porque las utopías no resuelven nada, ni la justicia se impone sola, ni los líderes han sido leales o eficientes a nuestra causa, ni hemos vivido nunca una «victoria final». Porque lo que hay que hacer, o lo hacemos nosotros mismos o nos quedaremos para siempre lamentando nuestra eterna marginalidad. La superación de nuestras debilidades, una por una, es lo único que puede permitirnos construir el poder nuestro de cada día. Ese mismo poder cotidiano que por ser usado día a día, y aquí y no allá arriba, nos permitirá manejar con propiedad y eficiencia, por nosotros mismos, el poder constituyente que necesitamos.

Objetivos y prácticas para el camino

No basta con perfilar el sentido general y el objetivo último de nuestro movimiento histórico (Sección N° 1 de este texto), ni el balance de nuestras fortalezas (Sección N° 2), ni de nuestras debilidades (Sección N° 3); también debemos definir, precisar y practicar los medios, métodos y técnicas de acción que nos permitan ir potenciando el avance neto de nuestro movimiento social conjunto. Para estos efectos se necesita tener claro cuál es la situación actual, en qué posición estamos y cuál es el camino que más conviene tomar para llegar, no lo más pronto posible a la meta, sino con toda seguridad. Teniendo presente que nuestro camino es, sobre todo, el que nosotros construiremos al andar. Porque no es llegar y caminar por las «grandes alamedas» (no existen), sino por las brechas y pasadizos que nosotros mismos vayamos despejando con el «poder nuestro de cada día».

a) La situación actual se caracteriza por el hecho de que la economía mundial está semi-estancada y el modelo chileno también. Además, porque el modelo político que recubre nuestra economía de mercado (la Constitución de 1980) ha perdido el 80% de la confianza ciudadana, y los políticos, el 90%. Por tanto, el sistema dominante nuestro está viviendo una crisis de creciente estancamiento económico y, a la vez, una grave crisis de representación, sin contar con que nuestro modelo no es industrial ni productivista sino mercantil-especulativo, por lo que es muy débil frente a cualquier crisis mundial. En este contexto, un número creciente de actores sociales se están movilizando con sentido de autonomía política: los estudiantes secundarios y universitarios, las asambleas ciudadanas territoriales de varias localidades y regiones (Magallanes, Aysén, Calama, Freirina, el Huasco en general, Montenegro, Melipilla, etc.), los trabajadores portuarios, los del cobre, los pescadores, los empleados públicos, etc. Se puede decir, por tanto, que mientras más se deteriora el modelo y se

desprestigia la clase política, más se desarrollan los movimientos sociales y la sociedad civil. En conjunto, mirada históricamente, esta situación se puede definir como proclive a un cambio profundo del sistema. Podríamos decir que estamos en una situación pre-revolucionaria. Pero es preciso tener claro que esta situación es radicalmente distinta a la situación pre-revolucionaria del período 1968-1973, porque hoy no somos ni queremos ser masa, no queremos ser conducidos ni por ideologías foráneas ni por partidos políticos, no tenemos ya que definirnos por la guerra fría, no tenemos ninguna intención de luchar por la igualdad respetando la Constitución vigente, etc. Podríamos decir que la situación revolucionaria de hoy es diametralmente distinta a la de 1970. Hoy dependemos totalmente de nosotros mismos, como sujetos, como ciudadanos y como pueblo. Por eso, el episodio del «poder popular» (que quedó enredado y olvidado con el golpe militar de 1973 y en el epílogo de la Unidad Popular) es, para nosotros, exactamente el punto de partida de nuestra movilización.

b) Para avanzar en este contexto es necesario, en primer lugar, fortalecer nuestro actual poder popular. Durante el gobierno de Salvador Allende, el poder popular consistía en una alianza entre los trabajadores (que controlaban las fábricas) y los pobladores (que controlaban los campamentos y las poblaciones), alianza que se fraguó en las calles (barricadas) como un intento de controlar (no gobernar) un territorio urbano o rural amplio (comunas, sobre todo). Así se llegó a crear más de medio centenar de comandos comunales. Pero estos comandos no gobernaban la comuna, porque se suponía que quien debía hacerlo era el Gobierno (Allende) y las autoridades políticas electas. De hecho, la Unidad Popular rechazó la intención de esos comandos de convertirse en gobiernos locales o «asambleas del pueblo». Hoy día el poder popular no se sustenta en la alianza «tácita» (nunca se discutió la naturaleza política de esa alianza) entre obreros y pobladores para controlar indirectamente una comuna controlando las calles. No. Hoy, cuando no hay allendes ni unidades populares, la alianza se da en un territorio entre todos los habitantes de ese territorio (trabajadores, vecinos, clubes deportivos, pobladores, profesionales, comerciantes, profesores, artesanos, raperos, etc.), en tanto que «vecinos» y en tanto que «comunidad», a efectos de: imponer su voluntad colectiva a aquellos que están perjudicando a la comunidad, sobre todo deteriorando sus condiciones ambientales de vida (en particular, agotando o contaminando el agua potable y de riego); o bien para resolver por sí mismos los problemas que les afectan (auto-construcción de viviendas, auto-educación libertaria, creatividad cultural, autogestión de

cualquier actividad, etc.). El «poder popular» actual es menos simbólico que el antiguo, y más concreto, en el sentido que procura crear y manejar recursos propios para alcanzar sus propios objetivos. Por eso, se trata de multiplicar y potenciar la tendencia de las comunidades locales a deliberar y a resolver problemas por medio de reunirse en asambleas de base. Hoy, más que nunca, es necesario multiplicar y potenciar el asambleísmo popular (en tiempos de Recabarren, a las asambleas de base se les llamaba «comicios»). La asamblea comunitaria, sobre todo la territorial, es la matriz de donde surge y crece la soberanía popular. Porque de la deliberación comunitaria puede surgir cualquier solución para cualquier problema y porque la «comunidad» tiene normalmente todas las capacidades para ejecutar lo que se propone. Los «gremios», en cambio, tienen el problema de que, como no tienen territorio propio ni convivencia cotidiana, no tienen una «comunidad» plena, completa, sino una comunidad funcional, reducida a un aspecto fundamental (el contrato de trabajo o de estudio) y, por ende, gremial. Los diagnósticos que pueden realizar los gremios son normalmente sectoriales (en torno a «su contrato» específico) y sus luchas suelen serlo también, sobre todo negociando con las cúpulas empresariales y estatales (razón por la que generan sobre sí mismos, también, cúpulas dirigenciales). Es necesario, de una parte, que los actores gremiales adopten la práctica de que lo que manda en ellos es y debe ser la «asamblea de bases» y no las cúpulas dirigentes. Al día de hoy, la CUT y el Colegio de Profesores, por ejemplo, no se rigen por el funcionamiento cotidiano y soberano de asambleas de base, sino por cúpulas generalmente adscritas a partidos políticos de vocación legalista y parlamentarista. Es preciso, en este sentido, revolucionar los gremios para que asuman un modo de funcionamiento similar a las asambleas ciudadanas territoriales. Sólo si ese cambio ocurre efectivamente en esos gremios se podrá, como segundo paso, construir alianzas entre todos los actores sociales (territoriales y gremiales), un paso que es indispensable para llegar con fluidez y naturalidad a convocar a una «asamblea popular nacional». Multiplicar la deliberación en asambleas de base es, pues, crear las condiciones para el desarrollo sostenido del «nuevo» poder popular.

c) No basta, sin embargo, «crear, crear asambleas locales» y «crear, crear poder popular local». Es preciso, junto con eso, ir diseñando un itinerario de trabajo histórico de las asambleas que vayan surgiendo. La primera tarea importante de una asamblea popular es preocuparse de los problemas de su propio territorio y deliberar para resolverlos en cada uno de los ítems que afectan su vida: la salud,

la educación, la vivienda, el comercio local, el trabajo, el transporte y el tránsito, la luz y el agua, las áreas verdes, las áreas de deporte, las de entretenimiento, el municipio, la señalética de las calles, la seguridad ciudadana, el tráfico de drogas, la delincuencia, etc. En todas ellas suele haber problemas. Y para todos estos problemas hay soluciones. Y para proponer y ejecutar todas esas soluciones puede y debe estar presente la asamblea local, pues ésta tiene que meterse en todo con conocimiento, autoridad y capacidad de ejecución. A modo de ejemplo: puede deliberar sobre los problemas que aquejan a las escuelas y liceos públicos (municipales) de su territorio. Deliberando sobre ellos puede proponer soluciones y constituirse en un consejo educacional para intervenir en los programas escolares, en imponer los temas y materias que son realmente importantes y útiles para el tipo de niños que van a esos colegios; en la evaluación local de los resultados; en la búsqueda de apoyo técnico de alguna universidad estatal, etc. Porque, así como la comunidad debe auto-educarse en soberanía popular, también los colegios locales pueden y deben hacer lo mismo, y si hay en la comuna una sede universitaria, lo mismo. Porque eso es lo más importante que necesitamos todos aprender, y no sólo «aprender» por aprender, sino a ejecutar y desarrollar la capacidad para hacerlo. Y así como la asamblea local puede convertirse en un consejo comunal educativo, también puede convertirse en un consejo comunal de salud. Y así sucesivamente. La segunda tarea importante de una asamblea local es tomar contacto con las asambleas vecinas, para coordinarse con ellas, para aprender de ellas, para constituir, progresivamente, un «comando comunal» o un «comando inter-comunal» de nuevo tipo, que vaya copando todo el territorio. Pero en disposición de gobernar autónomamente, no como figura decorativa y puramente consultiva, como las viejas «uniones comunales».

d) Si las asambleas locales logran constituir consejos locales influyentes en salud, educación, deportes, transportes, etc. y logran coordinarse con asambleas vecinas hasta cubrir un espacio inter-comunal o incluso regional, entonces, y sólo entonces, cabe plantearse una tarea mayor: actuar soberanamente sobre las grandes empresas locales o sobre las gobernaciones o intendencias provinciales o regionales. En el Norte de Chile, cerca de 40 municipios se están coordinando y formando un comando regional, a efectos de crear y establecer un Fondo de Desarrollo del Norte (FONDENOR) por medio de obligar a las empresas mineras a invertir localmente una fracción significativa de su cuota de ganancia. El comando regional podría administrar o co-administrar ese fondo de acuerdo a

los planes de desarrollo que el mismo comando haya preparado. Es un ejemplo. La asamblea ciudadana de Freirina –otro ejemplo– ha actuado en coordinación con la asamblea de las comunidades diaguitas del Alto Huasco y con la de Huasco (en la costa), y así coordinadas han expulsado a la empresa Agrosuper, han detenido los trabajos de la Barrick Gold y han paralizado la termoeléctrica de Punta Alcalde. El poder de las coordinadoras inter-comunales o regionales de asambleas puede ser suficiente como para, por ejemplo, exigir a los malls y supermercados invertir localmente un porcentaje significativo de sus ganancias en lugar de enviarlas a Santiago y permitir que la central las acumule para invertirlas luego en Argentina, Brasil, Perú, Colombia u otro país (globalizándolas). Las asambleas ciudadanas pueden boicotear a los malls o a cualquier tienda o empresa que incomode, pueden dejar de comprar ahí, pueden funarlas periódicamente, etc. Después de todo, una economía mercantil de consumo como la de Chile depende de los consumidores. Si éstos deciden no comprar o comprar en otra parte, la economía mercantil cae como un castillo de naipes. Es el consumismo lo que sostiene la economía chilena, es decir, nuestra propensión a comprar. Tenemos aquí un poder tremendo: podemos comprar o no comprar, o comprar en otra parte. Sólo el poder de las asambleas coordinadas puede lograr eso. Pero, para hacer esto y sobre todo para administrar los fondos comunales o regionales que así puedan obtenerse, es preciso seguir auto-educándose en conocer los tipos de mineral que se trabajan por ejemplo, el impacto que su producción genera en el medio ambiente, en qué rubros se puede invertir localmente para generar mayor empleo estable, cómo llevar la contabilidad de los fondos comunales, etc. La auto-educación no se debe detener jamás y en cada etapa debe aumentar de grado y nivel. Por eso, a esta altura debe comenzar a crear y administrar sus propios centros de estudio.

e) Si se logra crear y mantener un cierto número de comandos inter-comunales o regionales, estaríamos recién en condiciones de plantear la necesidad y posibilidad de establecer un comando o Asamblea Nacional de Ciudadanos. Esto es, cuando ya tengamos experiencia, conocimiento y cultura en la creación y aplicación de poderes locales, comunales y regionales. Cuando ya sepamos lo que queremos y cuando ya hayamos probado y demostrado la calidad de la propuesta de país que queremos. Cuando seamos capaces de ejercer, también, un poder inter-regional, es decir nacional. El momento para que convoquemos nosotros a una Asamblea Constituyente se dará cuando la sepamos manejar nosotros, para beneficio de todos nosotros. No antes. No a medio camino. Es el

único modo para evitar que esa asamblea no nos sea arrebatada por los de siempre: los políticos, los partidos, los militares o los ricos. Porque no se trata de inventar de inmediato, ahora, un mecanismo leguleyo para realizar, ahora (cuando no estamos preparados), una Asamblea Constituyente. Que se llame a un plebiscito legal, por ejemplo –como algunos proponen– porque lo permite la Constitución de 1980, y que votemos hasta un 80% a favor de un SÍ, no resuelve el problema. El apuro no resuelve nada, simplemente estaríamos regalando «el proyecto» para que lo tomen en sus manos los leguleyos y los políticos, y para que hagan sólo una pantomima de Asamblea Constituyente, como lo han hecho siempre. SIEMPRE. Tenemos que hacer las cosas nosotros, de acuerdo «al tranco del pueblo» (cuando trabaja): lento, pero firme, seguro y bien hecho.

Obstáculos y trampas en el camino

Pero el camino es largo. Llevamos 56 años acumulando experiencias de poder popular (desde la toma de La Victoria, en 1957) y recién ahora estamos vislumbrando un camino, un itinerario y una «carta de navegación» para llegar a manejar nosotros el poder popular constituyente, para construir nosotros, por primera vez, el Estado, la sociedad y el mercado que realmente necesitamos. Hasta ahora nuestro poder popular ha sido, sobre todo, de supervivencia y de resistencia. Necesitamos, de aquí en adelante, que ese poder sea, también, soberanía y gobierno, desde lo local a lo nacional. Pero el tramo que nos queda es, precisamente, el más difícil –tenemos que producir en nosotros mismos una verdadera «revolución cultural»–, porque es el que requiere mayor auto-educación y creatividad, y el que enfrentará las dificultades, por parte de sus oponentes, más alambicadas, insidiosas y tramposas. Aparte de las dificultades que presentan hoy nuestras propias debilidades (anotadas en la Sección N° 3), están las que se presentarán en el camino bosquejado en la Sección N° 4. Y entre estas últimas cabe citar:

a) En primer lugar, el freno y la oposición que nos presentarán la vieja cultura política parlamentarista (la de los políticos profesionales) y la vieja cultura política de «masas en la calle» (la nuestra, cuando dependíamos de esos políticos). Es un hecho real que, aproximadamente, un 30% de los chilenos (sobre todo los más viejos) sigue creyendo que la política de los políticos profesionales es la única política posible. Y creen profundamente en las elecciones que dependen de nuestro voto individual. También es cierto que, aproximadamente, otro 20% sigue creyendo que los movimientos «de masas» que aplauden a los políticos en la calle es la mejor forma de hacer política «de izquierda». De manera que sólo como un 30% está comenzando a creer que la única política posible para el pueblo y la ciudadanía es la que se propone

manejar el poder constituyente (el que construye el Estado desde abajo). Y hay todavía un 15 o 20% que no cree en nada. Por tanto, no sólo nosotros tenemos que persuadirnos de que el único camino es recuperar y ejercitar nuestra soberanía popular: tenemos también que convencer al 50 o 60% restante. Es verdad que los que creen como nosotros aumentan día a día (según una última encuesta, el 64% cree que es necesario convocar a una Asamblea Constituyente). Pero tenemos que ser una mayoría con poder real, no sólo una mayoría «opinante». Ni tampoco podemos actuar como una minoría furiosa, impaciente y callejera. O presentando media docena de candidatos a la Presidencia de la República, donde cada uno obtendrá, en promedio, un 4 o 5% del electorado, para que después de la elección esos candidatos, desgastados por el esfuerzo, vayan al tacho basurero de «lo que pudo ser y no fue» (como Manfred Mc Neef, Tomás Moulian, Tomás Hirsch o Sara Larraín). Tenemos que tener conciencia de que el itinerario que estamos trazando, nuestra actual «carta de navegación» histórica, es prácticamente nueva e inédita, pues sólo entre 1823 y 1829 se siguió una ruta similar, y de nuevo entre 1918 y 1925. Estamos abriendo camino donde ya no queda nada de las huellas dejadas por esas experiencias (sólo la Historia Social las ha rescatado). En cambio, la huella dejada por la clase política, los partidos políticos, las ideologías foráneas y las «masas» seguidoras es todavía una huella fresca, pues corresponde originalmente al período 1938-1973, y de nuevo, después de 1990. El pasado y la historia reciente nos están y nos seguirán provocando algunos dolores de cabeza. Pero paciencia, porque el «tranco del pueblo», cuando ya reconoce las ventajas de un buen sendero, lo sigue, paso a paso, sin detenerse. Para eso necesitamos, por tanto, sistematizar nuestra memoria, estudiar la nueva Historia Social de Chile, deliberar en la base nuestros problemas e imponer soluciones eficientes a los mismos. Recordemos: estamos enfrentados, primero que todo, a la necesidad de llevar a cabo una revolución cultural.

b) En segundo lugar, militantes o/y ciudadanos provenientes de esas culturas (la parlamentarista y la de masas) van a salirnos al camino ofreciéndonos diversos mecanismos leguleyos para convocar y realizar una Asamblea Constituyente, alegando que por ese mecanismo se alcanzaría no sólo la legalidad, sino también la «legitimidad» de esa «movida». Cuidado con ellos: son lobos con piel de oveja. Son oportunistas que asumen las banderas y los proyectos del pueblo apoderándose de los conceptos y las formalidades legales, para, en el fondo, licuar el proceso y, mediante esa faramalla, apoderarse de la realización formal

de la asamblea. Eso fue exactamente lo que hizo Arturo Alessandri Palma entre 1924 y 1925: tomó la propuesta del pueblo de realizar una Asamblea Constituyente, ofreció un «mecanismo leguleyo», por ese mecanismo formó un «comité constituyente» (no una asamblea), él se instaló en la presidencia de dicho comité y terminó él, a gritos, imponiendo la redacción que debía dársele a la Constitución. Y la Constitución de 1925 fue, de nuevo, liberal, exactamente lo contrario de la que había manifestado la voluntad del pueblo y la ciudadanía. La Historia Social desnuda estos hechos y los entrega a nuestra consideración. Por esto debemos cuidarnos de los nuevos «alessandris» que puedan aparecer en nuestro camino. Porque nuestra apuesta por el poder popular constituyente no está por los «mecanismos leguleyos» ni por los «caudillos iluminados», sino por el proceso de auto-educación popular y ciudadana que nos enseña a actuar con soberanía, como pueblo. Como poder popular (ver la Sección N° 1).

c) Se nos dirá que procesos similares ocurridos en América Latina (en Colombia, Venezuela, Ecuador y Bolivia, sobre todo) han terminado con regímenes caudillistas y graves desórdenes en la economía. Esto, en parte, es cierto. Allí ocurrió lo que no deberíamos permitir que ocurra acá: allá el proceso de desarrollo del poder popular constituyente quedó incompleto. Inconcluso. Hubo un salto muy rápido desde la movilización local de la clase popular a la Asamblea Nacional Constituyente, sin pasar por experiencias intermedias de ejercicios reales de poder popular a nivel local, comunal y regional primero, razón por la que los dirigentes y los políticos «completaron» el proceso por su cuenta, al precio de la personalización y caudillización del movimiento. Así, a través de ese proceso trunco, la clase popular queda de nuevo convertida en un movimiento de masas que sigue y apoya a su caudillo (tipo Chávez), de modo que si éste muere se genera una situación de desconcierto y confusión. El riesgo de que el proceso dé un salto para llegar pronto a la realización formal de una Asamblea Constituyente, obviando las etapas en que la clase popular y ciudadana aprende de hecho a ejercer poder real en comunas y regiones, puede llevar a la caudillización, personalización o bien a la oligarquización del movimiento, lo cual implica una regresión del movimiento sociocrático a su condición inicial de pasivo movimiento de «masas».

d) Si la clase popular y ciudadana se moviliza a partir de la potenciación de sus

comunidades de base (asambleas locales y regionales) desarrollando su cultura soberana, la clase política civil (los políticos profesionales) es muy poco o nada lo que puede hacer para detener ese proceso. Por eso le temen: saben que si ese proceso culmina, su destino más probable es la cesantía política. En verdad, un movimiento social-ciudadano como el que aquí estamos examinando, no tiene que temer nada serio de la clase política civil, ya que todo lo que ésta pueda hacer se reduce a lo que puede «decir», pues su poder es sólo su palabra cuando está respaldada, claro, por un sistema constitucional que han impuesto los militares. El caso de los empresarios es distinto. Su poder radica en invertir o retirar sus inversiones. Las comunidades locales no están obligadas a quitarles su capital para colectivizarlo todo, pues se les puede asumir y tratar también como si fueran ciudadanos (lo son). Como si fueran (lo son) partes de la comunidad. Si ellos respetan las necesidades y la voluntad soberana de la comunidad, pueden ser tratados «comunitariamente» y su aporte, en ese sentido, puede ser útil para todos. Porque la voluntad soberana del pueblo, que está basada en la comunidad, puede operar como un «co-administrador» de las empresas productivas, comerciales y financieras privadas que operen dentro del territorio. Puede existir allí la empresa privada, a condición de que una parte «justa» de sus ganancias se invierta en el desarrollo del territorio local o/y regional. Y a condición de que esas empresas operen en ese territorio sin contaminar el medio ambiente, sin agotar los recursos de agua, sin explotar a los trabajadores y sin privilegiar el centralismo económico y político, como tampoco la globalización fanática del capital. No necesitamos empresarios todopoderosos dueños de miles de millones de dólares, de rango mundial, sino empresarios privados de escala comunitaria y regional; o nacional o internacional, pero respetuosos de la soberanía popular comunitaria y asociados a ésta en lo local. Distinto es el caso de las fuerzas armadas. A decir verdad, éstas son las únicas que pueden detener, por la violencia, el desarrollo del proceso ciudadano de empoderamiento soberano. Su armas modernas y su poder de fuego son incontrarrestables. Atacarlas por ese lado sería un error (que ya se cometió en América Latina entre 1960 y 1990). No pueden ser destruidas a sangre y fuego, y si se pudiera sería a un altísimo costo. Cabe, por tanto, tratarlas de otro modo, del mismo modo en que se puede y debe tratar a los empresarios: extendiendo sobre ellos la cultura comunitaria y soberana del pueblo. El problema profundo que nos plantean los militares no son sus armas, sino su cabeza, es decir el tipo de cultura que se ha ido acumulando dentro de sus cerebros, en sus programas de estudio, en la vida cuartelera, en sus concepciones de la estrategia, etc. En resumen, el problema está en cómo ellos se han auto-educado en 200 años de historia chilena y en cómo han sido educados desde 1950 por los estrategas de Estados Unidos, donde les han enseñado

«guerra sucia», esto es guerra contra sus propios conciudadanos (la llaman «de contra-insurgencia»), que los ha inducido a dar golpes de Estado y a aplicar violentas políticas de shock treatment en la economía, en la constitución del Estado y en la organización cultural de la sociedad. De lo que se trata es que la ciudadanía como tal (que es una poderosa comunidad auto-docente) se ponga en campaña para reeducarlos. Para que sean ciudadanos y no golpistas. Para que deliberen junto a nosotros en nuestras asambleas. Para que estudien donde estudian nuestros hijos. Para que formen parte de nuestras comunidades y no de una alianza mundial de ejércitos extranjeros. No podemos aceptar esa cláusula de las constituciones que dice que «el Ejército no delibera, porque es esencialmente obediente». Al prohibirles deliberar, se les despoja de su condición de ciudadano y se les deja obedeciendo a generales golpistas. Se les deja como un grupo armado al margen de la comunidad y de la nación, a pesar de que su función es defender, precisamente, la comunidad nacional. Porque, recordemos, la «tropa», la parte esencial de los ejércitos, está constituida por nuestros hijos. La oficialidad, aunque de otra composición social tal vez, también. Es preciso, pues, convertir nuestra cultura de comunidad soberana en un conjunto de políticas sectoriales dirigidas a re-educar a los políticos, a los empresarios y a los militares. Si no hacemos esto antes y a tiempo, esos actores, juntos y re-asociados más bien que separados, se moverán como un solo hombre contra nosotros. Lo han hecho no una vez, sino muchas veces, en nuestros 200 años de historia.

e) No todos los riesgos provendrán de nuestra propia sociedad y del interior de nuestras fronteras. El mundo de hoy, como se sabe, está fuertemente globalizado y su globalidad está siendo vigilada por una gendarmería armada hasta los dientes. Las llamadas «democracias del mundo libre» (de Occidente), como Estados Unidos, Inglaterra, Francia, Alemania, Italia, etc., se han aliado y han juntado sus brigadas de asalto (task forces) para intervenir en aquellos países donde se producen materias primas y combustibles que necesitan desesperadamente para una (su) industria que se ha des-materializado (distinta a la industria propiamente manufacturera, como la que se ha concentrado en China, India o México), tales como el petróleo, el uranio, el titanio, etc., o también los grandes recursos de agua potable (como la cuenca del Amazonas). Por eso ocuparon Afganistán e Iraq, atacaron Argelia, presionan a Irán y apoyan a Israel para mantener a raya el nacionalismo árabe, y establecen bases militares en Colombia. Ni Rusia ni China han podido evitar que Occidente se haya

convertido en una tropa de gendarmes neoliberales. No se puede hacer frente a esa gendarmería armada de drones, cohetes y portaaviones oponiéndoles nuestro «¡patria o muerte!». La política internacional de los pueblos soberanos es asociarse con otros pueblos soberanos socialmente, culturalmente, económicamente, sin preocuparse demasiado por lo que hagan los Estados (por ejemplo, Sebastián Piñera se enreda en escaramuzas con Evo Morales, pero eso no debe impedir que el pueblo chileno y el boliviano fraternicen en todos los planos a través de la frontera, allá o acá). Las fronteras trazadas por el capitalismo no pueden separar a los pueblos hermanos, tanto más si todos estamos luchando por desarrollar la soberanía comunitaria y local. Hoy día el conflicto estratégico mundial enfrenta al mundo globalizado (dominado por el capital financiero y la gendarmería neoliberal) contra las comunidades locales. Y el poder real de éstas está, precisamente, en potenciarse en lo local. La fraternización y cohesión de todas las comunidades locales subregionales y continentales es indispensable para neutralizar los poderes globalizados, sobre todo en el plano social, cultural y económico. No se trata, pues, ni de asociarse a ciegas sin mirar hacia arriba, ni menos en creer con ingenuidad neo-colonialista en los viejos países de Occidente. Ya no pueden ser ni nuestros mentores ni nuestros amigos fraternos. Se sienten acosados por su propia crisis. Están nerviosos y asustados. Por eso dan zarpazos bélicos mortales. Shocks asesinos. Hay que estar preparados para eludirlos.

f) Otro riesgo que puede surgirnos en el camino es la competencia entre nosotros mismos, entre comunidad y comunidad, entre asamblea local y asamblea local. Por el hecho de que cada una de ellas esté centrada, por decirlo así, en su propio ombligo, es altamente probable que tiendan a un cierto egoísmo particularista que debilite la unidad regional o nacional. Si esto ocurriera, nuestro movimiento histórico se convertiría en un caos sin nortes ni futuros. Es preciso tener claro que cada comunidad local, considerada por sí sola, aisladamente, es débil porque es incompleta: puede tener muchos minerales de cobre, pero no tiene productos agrícolas; puede tener mucha madera, pero no tiene manufacturas; puede tener muchas tierras rojas, de baja productividad, pero necesita aprovisionarse fuera; o puede tener un territorio urbano pobre, sin fuentes de trabajo, y necesita enviar a su gente a trabajar a otras comunas, etc. Cada comunidad es como una víscera del cuerpo: vive, pero necesita de las otras para suplirse de lo que no tiene. La asociación de las comunidades de base, unas con otras, es un imperativo total; la intercomunicación entre ellas, el intercambio comercial y cultural entre ellas es

indispensable. Por eso la formación de coordinaciones o asambleas intercomunales y regionales es una cuestión de vida o muerte. Es esa integración la que permite que los comandos intercomunales o regionales tengan poder efectivo: productivo, comercial, cultural, financiero, etc. El poder político real (nacional) no es otra cosa que la suma integrada de todos esos poderes. Por eso, todas y cada una de las comunidades de base deben desarrollar una voluntad económica, social, cultural y política federativa. La federación de poderes locales es lo que nos da el verdadero poder nacional.

Organizando la Asamblea

Nacional-Popular Constituyente

Si hemos logrado constituir esos poderes locales, intercomunales y regionales como una entidad federativa real y concreta (aunque ésta no esté todavía formalmente «institucionalizada»), entonces, y sólo entonces, estaremos en condiciones de convocar a una Asamblea Nacional (Popular) Constituyente que podamos manejar por nosotros mismos, con exclusión de las «clases» políticas civil y militar, y con la posibilidad de decidir con sabiduría qué y cuánto podemos conservar de la Constitución anterior, y qué acordar y establecer en la Constitución nueva para que exprese no sólo nuestro «proyecto» o nuestra «voluntad», sino lo que ya hemos hecho en lo local y lo regional, donde ese proyecto y esa voluntad es, ya, una realidad. Una realidad que no es aún nacional, pero sí local y/o regional. Es así como avanza el «tranco del pueblo»: construye la casa de los cimientos hacia arriba, no desde el techo hacia abajo. La Asamblea Constituyente se realiza cuando ya dominamos el arte, la técnica y la política soberana de organizar asambleas y construir socialmente la realidad. La asamblea no hace sino institucionalizar, poner por escrito como Ley Fundamental lo que ya sabemos hacer, lo que para nosotros es, ya, una experiencia.

¿Cómo se organiza y cómo opera una Asamblea Constituyente? ¿Qué nos enseña la Historia Social al respecto?

Que toda Asamblea Nacional-Popular Constituyente, para ser realmente ciudadana, legítima y eficiente, tiene que ser constituida a partir de asambleas populares de base (ojalá inter-comunales o regionales). No se puede elegir una asamblea de ese tipo como cuando se elige un congreso legislativo corriente o al

presidente de la República: por voto «individual» y para elegir entre candidatos que «auto-proponen» su imagen o que los «partidos» proponen. No, porque en una Asamblea Constituyente no se representa la suma azarosa de voluntades individuales sino la voluntad colectiva organizada de las comunidades de base. Y la voluntad colectiva no se expresa por voto individual sino, primeramente, deliberando en la base para elaborar la propuesta que se quiere imponer. Y sólo después que las asambleas de base han deliberado y acordado esa propuesta (o «mandato soberano») se vota para designar a los delegados que van a la Asamblea Constituyente Regional. Y ésta hace lo mismo para designar a los que van a la Asamblea Constituyente Nacional. Es decir, una Asamblea Constituyente Nacional se va construyendo a medida que las asambleas de base van acordando en cadena sus propuestas constituyentes, sus mandatos constituyentes. Se construyen de mandato en mandato, de abajo hacia arriba, de lo local y regional hasta lo nacional. Y se eligen los representantes después de que se ha acordado el mandato. NUNCA ANTES. Lo que vale es el «mandato», que sube de nivel en nivel, siendo deliberado de abajo hacia arriba, no el representante. El representante de ese mandato es una cuestión menor, secundaria, puedes ser tú o ella, pero lo que importa es que existe el «mandato». Porque la tarea de todo representante es ejecutar bien el mandato de su base en el nivel que le corresponde. Porque si no lo hace bien, debe ser revocado de su cargo y juzgado en su comunidad de base. Naturalmente, si en el nivel que le corresponde defender el mandato de su base se acuerda por mayoría un mandato algo distinto al que él llevaba, eso debe entenderse como parte del juego democrático. Distinto es si él, por decisión individual, defiende y lucha por algo distinto al mandato que traía, pues en este caso corresponde la revocación de sus poderes y el juicio y castigo por mala representación.

Durante el período 1823-1828, la ciudadanía deliberó la propuesta constituyente, primero que todo, en asambleas de base (que entonces se llamaron «de los pueblos») y también en «asambleas provinciales», antes de hacerlo, a través de sus representantes, en las asambleas constituyentes que se reunían en Santiago (la del año 1828 se reunió en Valparaíso, para escapar del patriciado de la capital). En tanto, durante el período 1918-1925, la clase popular deliberó también primero en asambleas de base, en las sedes de las sociedades mutuales articuladas en la Federación Obrera de Chile, que estaban emplazadas a todo lo largo del país, antes de hacerlo en las asambleas nacionales que tenían lugar en Santiago, tanto para proponer proyectos de ley (sobre economía y sobre

educación), como proyectos de Constitución política del Estado.

Durante el período 1823-1828, las instancias coordinadoras del proceso popular constituyente fueron las «asambleas provinciales de pueblos libres» (había una en Concepción y otra en Coquimbo, cuando en Chile había sólo tres provincias formales). A su vez, durante el período 1918-1925, la instancia de coordinación fue un «comité obrero» (que incluía también a profesores, estudiantes, empleados y profesionales) que se formó en Santiago.

En ambos casos, por tanto, como hubo primero un período de reflexión constituyente en asambleas de base, se llegó a la Constituyente Nacional con propuestas definidas, que sólo necesitaban ajuste y afinamiento. No se puede llegar a una asamblea de ese tipo sin propuestas ya deliberadas y acordadas por la base, es decir, sin mandatos. Esas propuestas o mandatos deben acordarse localmente con anticipación, se envían luego a la instancia coordinadora y el papel efectivo de la asamblea misma consiste, por tanto, en deliberar acerca de cómo integrar esas propuestas y darles una forma definitiva. Por tanto, el papel específico de la asamblea consiste en organizar un sistema de deliberación que garantice orden, disciplina y medios para que sea una sesión de trabajo (no un chivateo) que llegue a conclusiones precisas y en el menor tiempo posible. Es fundamental, pues, discutir y acordar en la primera sesión de la asamblea, primero que todo, lo que en 1925 los trabajadores, profesores y estudiantes llamaron «Reglamento de Sala», esto es un conjunto de normas y procedimientos para organizar la sesión de una manera realmente productiva. Entre estos procedimientos (que pueden variar de una asamblea a otra) están: a) elegir la mesa directiva de la asamblea; b) acordar la distribución de los representantes en un cierto número de grupos de trabajo, tantos como sean los temas más relevantes; c) asignar tiempos y horarios de sesión para cada grupo; d) intercalar sesiones plenarias breves para discutir más relajadamente sobre temas de interés general (por ejemplo, en 1925 se discutió en plenario el tema de la participación de la mujer); e) organizar secretariados que vayan comunicando al plenario y al exterior (prensa, etc.) los avances de cada grupo de trabajo; f) organizar una gran sesión plenaria para que cada grupo comunique sus acuerdos (con votos de mayoría o minoría, según el caso); g) organizar una gran sesión final para acordar los parámetros centrales de la nueva Constitución, y h)

designar una «comisión redactora» del texto final y una «comisión permanente» (que puede ser la misma mesa directiva); la primera redacta el texto final y lo pasa a las bases para su consideración y/o aprobación total, y, si las bases hacen sugerencias de importancia, la segunda comisión (la permanente o la mesa directiva) discute y decide realizar o no los cambios que se proponen, pero dentro de ciertos límites que se fijan previamente. No es necesario que se convoque a un plebiscito final a toda la nación, puesto que ha habido deliberación democrática desde lo local a lo nacional, pasando por lo regional.

Como en todo momento las asambleas de base son soberanas, si éstas lo estiman necesario, además de acordar el mandato y elegir al representante que debe «defender» ese mandato, pueden mandar a la Asamblea Nacional

—cuando ésta esté aún sesionando— una «representación por escrito» para reforzar su mandato original o cambiarlo en algún aspecto específico. Estos textos escritos deben leerse en sesión plenaria, cuando corresponda.

Es de interés considerar que a las sesiones constituyentes de las asambleas de base (previas a la Asamblea Nacional) se debería invitar a toda la comunidad real (viejos, jóvenes, casados, solteros, hombres, mujeres, niños y a todos los actores sociales: profesionales, comerciantes, empresarios, policías, detectives, militares, etc.), sin exclusión. Todos en su calidad de vecinos y componentes de una comunidad territorial de vida, es decir, como ciudadanos. No se le puede negar a nadie su derecho a expresar su opinión, su interés o sus convicciones. Solamente a los que van como partido político, como ejército o como gremio patronal se les puede negar su participación, pero en tanto que clase, gremio o partido, no como ciudadanos.

La Asamblea Constituyente, como tal, delibera y acuerda, sobre todo, los parámetros y principios fundamentales del nuevo orden político, no su detalle (esto daría lugar a una serie inacabable de sesiones, en circunstancia que una asamblea de este tipo no puede ni debería deliberar por más de una semana, o quince días a lo más). El detalle puede incluir: a) una definición precisa de cuánto se puede mantener de las leyes y normas de la Constitución vieja, ya que

pueden ser coherentes con los nuevos fundamentos; b) dejar al futuro Congreso legislativo (o Asamblea Popular) la tarea de dictar las leyes orgánicas que conviertan en institución, norma, código o reglamento las definiciones básicas contenidas en los nuevos fundamentos, y c) tomar conciencia que el proceso constituyente no termina con la realización de «la» Asamblea Constituyente, puesto que prosigue en un proceso legislativo que puede tomar un tiempo bastante mayor. Las asambleas de base deben seguir atentas este segundo proceso, pues aquí los leguleyos pueden distorsionar los principios y fundamentos constituyentes acordados.

Por ejemplo, se puede acordar en la asamblea que la educación debe implementar tres principios fundamentales: a) gratuidad de la educación pública; b) que la comunidad oriente, administre y evalúe el proceso educativo, y c) que la educación debe dirigirse, sobre todo, a desarrollar el sentido de soberanía de los jóvenes y las capacidades necesarias para ejercer esa soberanía en un sentido productivo y de desarrollo real de la localidad, la región y el país. Estos principios generales deben implementarse en la práctica para que no sólo funcionen bien, sino que además produzcan el desarrollo global que se espera de ellos, lo que significa detallar en terreno cómo asegurar eso: tipo de financiamiento, tipo de edificios, tipo de profesores, programas escolares, participación de la comunidad, etc. Esto puede dejarse como tarea a los «legisladores», pero, sobre todo, es una tarea que ya deberían haber planteado y practicado, desde antes, las propias comunidades de base. No se puede dejar esa tarea a la pura «iniciativa» de los futuros legisladores; hay que tener la especificidad y la práctica de lo que se propone ya probado y experimentado, de modo que a esos futuros legisladores les demos mandatos específicos y no nuestra leal «confianza» para que ellos hagan bien lo que nosotros deberíamos haber probado y demostrado antes. Lo mismo vale para otros temas de importancia: salud, producción, medio ambiente, etc.

Temas y fundamentos constitucionales históricos

Premisas históricas para una eventual y nueva Constitución Política para Chile

En general, los estudios publicados sobre la «historia constitucional de Chile», o sobre su «derecho constitucional», han sido normalmente lecturas comentadas de los textos constitucionales promulgados y consolidados, con fines obviamente hermenéuticos y de divulgación. El resultado de esa práctica académica, luenga ya de casi dos siglos, ha sido una reiterada reafirmación teórica del apotegma la ley por la ley, lo que equivale a re-solemnizar una y otra vez su vigencia. O su «majestad». Y esto mismo, en términos de educación ciudadana, ha contribuido poderosamente a establecer la vigencia de un principio de naturaleza pragmática: la ley, simplemente, se acata y obedece, sin importar, en consecuencia, quiénes, cómo y cuándo la dictaron. Que pudo haber sido un acto que coincidió, o no, con la opinión y la voluntad ciudadanas, o haber respondido de modo eficiente, o no, a la necesidad objetiva de resolver los problemas seculares de la sociedad. Es decir, se ha estudiado el problema señalado desechando la posibilidad de que las leyes fueran examinadas y evaluadas rigurosamente en función de su historicidad social y ciudadana.

En Chile, el problema constituyente ha sido definido, pues, simplemente como la vigencia obvia, positiva e inherente de leyes fundamentales que en sí mismas no han incorporado nunca su propia historia. Es decir, ha sido un problema que no ha sido estudiado como proceso social-constituyente. Sólo en los últimos años algunos estudiosos del Derecho y/o de la ciudadanía se han preocupado de utilizar, en algún grado, la perspectiva histórico-social¹. No obstante, mientras no sea la ciudadanía misma o, dicho en términos realistas, mientras la clase popular

misma no asuma el debate constituyente a partir de su propia soberanía, el análisis académico circulará, con mayor o menor aceptación, dentro de sus nichos habituales.

Desde el punto de vista de la Historia Social de Chile –que ha venido examinando este problema desde hace ya algunas décadas²–, lo que emerge como resultado de sus investigaciones y talleres de base (educación popular) no es un corpus de análisis jurídicos, filosóficos o políticos redactado en positiva, sino una masa residual de problemas nacionales no resueltos por ninguna de las constituciones dictadas e impuestas hasta ahora³. Algunos de esos problemas han sido ya examinados en este mismo trabajo. La historia real de todos los «procesos constituyentes» –puestos uno tras otro en secuencia lineal–, desde el punto de vista de la ciudadanía y la clase popular, ha sido, de hecho, una historia inconclusa. Más aun: una historia de represiones y engaños a la ciudadanía. En resumen: la historia acumulativa de lo que «debió ser... y no fue».

Si se hurga en ese cúmulo residual y se enlistan una a una las deudas constitucionales empantanadas allí, es posible entonces configurar con ellas un programa constituyente alternativo. Y si se deducen sus contenidos de fondo y la lógica soberana que surge desde allí, se tiene entonces entre manos un conjunto de premisas históricas para construir, en base a ella, la Constitución Política que, en justicia ciudadana, le correspondería a Chile. Si esa Constitución, articulada en base a las deudas constituyentes de la historia, corresponde o no a los problemas nacionales que es preciso resolver hoy, es algo que le corresponde decidir, naturalmente, a la misma ciudadanía. Pero es deber de un historiador social anotarlas y enlistarlas. Que es un deber académico, por cierto, pero también, y por sobre todo, un deber ciudadano. Anótense, pues, y publíquense.

a) Deberá garantizarse la autonomía relativa de las regiones productivas del país, eliminando, de una vez y para siempre, el centralismo económico y político de Santiago. Las regiones deberán administrar, al menos, un tercio o más de los excedentes económicos que generen, fueren productivos, comerciales o financieros. El mismo principio vale para las comunas de cada región.

b) Se deberá garantizar, a todo nivel, la participación ciudadana en la toma de decisiones referentes al desarrollo local, regional y nacional. Debe garantizarse, como cultura pragmática, el principio de «gobernanza» en todos sus aspectos. Por lo tanto, no debe elegirse a ningún representante sin la confección previa, por parte de la comunidad que corresponda, del instructivo o mandato soberano. Todo representante de la ciudadanía puede y debe ser revocado y enjuiciado por ella si no cumple a cabalidad ese mandato.

c) El Estado deberá tener como tareas fundamentales a realizar (mandato soberano del pueblo), de una parte, el desarrollo productivo-industrial del país (en armonía con la sociedad y la naturaleza) y, de otra, la integración económica, social y cultural efectiva de todos los componentes de la comunidad nacional. La estructura político-administrativa del Estado deberá reflejar, funcionalmente, ambas tareas. No se debe considerar el Estado liberal como el único modelo formal de articulación estatal. El «modelo» lo determinan las necesidades reales del país y la voluntad manifiesta de la ciudadanía.

d) En función de lo anterior, el Estado debe estructurarse de modo que en él se articulen, de un lado, las asambleas ciudadanas de base que representen los intereses barriales, comunales y regionales, y de otro, la asamblea que represente los intereses generales de la Nación. La soberanía popular va de lo local a lo nacional, y desde la base a la superestructura política. La soberanía nacional, lo contrario. Debe haber un equilibrio estructural entre ambos tipos de soberanía. De ningún modo puede darse la imposición de la soberanía nacional centralizada en desmedro de la regional o local, como ha sido tradición en Chile⁴.

e) Debe dictarse una ley orgánica o un código de participación ciudadana, que debería darse a tres niveles: uno, en las organizaciones sociales de base, con incidencia directa en las federaciones gremiales y asambleas comunales; dos, en las organizaciones ciudadanas (consejos), con incidencia política directa en las asambleas comunales y regionales y, tres, en los partidos políticos, con incidencia directa sólo en las agencias nacionales del Estado (en la Constitución

de 1828, esas agencias eran el Gobierno y la Cámara de Diputados, dado que el Senado representaba a las asambleas de la soberanía popular). La participación ciudadana no puede limitarse a una sola vía, y menos «indirecta» (es decir: por delegación).

f) La ciudadanía (a través de sus asambleas locales y regionales) y el Estado (desde las agencias nacionales) establecerán y garantizarán un sistema educativo en que prevalecerá la voluntad ciudadana (la «comunidad» se auto-educa en relación colectiva consigo misma), en lo tocante a la orientación de los estudios (programas), a su evaluación (excelencia socialmente calificada) y a su administración local (consejos educativos). El Estado, por su parte, cuidará que la educación pública sea gratuita y de excelencia (proveerá los recursos para el perfeccionamiento de profesores y alumnos), y exigirá que la educación privada se auto-financie, sin ninguna subvención estatal. La Educación Superior deberá regirse por los mismos principios, pero tanto las asambleas regionales como el Estado «nacional» deberán invertir una fracción significativa de sus presupuestos anuales para el desarrollo de la investigación superior, no sólo en los centros académicos públicos, sino también en los centros productivos y comunitarios. Se entenderá que la investigación debe realizarse en equipos y con participación abierta a la ciudadanía local, de ser posible y necesario.

g) Deberá dictarse un nuevo Código del Trabajo que sea funcional a los nuevos planes de desarrollo productivo-industrial; que no impida la participación de los trabajadores en instancias políticas locales, regionales o nacionales; que no intervenga en la forma en que los trabajadores se organicen y manejen sus finanzas sindicales; que garantice contratos laborales estables adosados al desarrollo de una carrera profesional; que posibilite el perfeccionamiento tecnológico de los trabajadores en la misma planta o en institutos profesionales; que fije salarios razonables que impidan el endeudamiento de los hogares populares; que determine el porcentaje de las utilidades empresariales que deberán invertirse obligatoriamente (como «salario de comunidad») en el desarrollo local de los barrios o comunas donde estén instaladas las empresas y los trabajadores; que equipare los salarios del hombre y la mujer.

h) Deberá crearse un sistema educativo y de control permanente (por parte de las asambleas ciudadanas regionales y del Senado) sobre las Fuerzas Armadas, de modo que éstas se formen y actúen siempre en correspondencia y lealtad con los intereses manifiestos de la ciudadanía, y no en su contra. No pueden, por tanto, auto-educarse «gremialmente». Se prohibirá y sancionará todo compromiso de esas fuerzas con sistemas o proyectos educativos gestados y administrados en los centros de poder estratégico de países de reconocida acción imperialista. Debe eliminarse, de la cultura militar chilena, todo atisbo de «guerra sucia». Es la ciudadanía la que debe educar a los militares.

i) Ningún acuerdo político, fuere de nivel local, regional o nacional, podrá ser tomado e impuesto sin un proceso previo de deliberación ciudadana. Esta práctica debe iniciarse en las escuelas y en todas las instancias del sistema educacional. Lo mismo debe valer para las organizaciones gremiales y partidos políticos. Las Fuerzas Armadas deberán participar en las asambleas ciudadanas, especialmente locales y regionales.

j) La ciudadanía y el Estado deberán desmontar el modelo económico (hasta ahora neoliberal), para centrarlo, como se señaló más arriba, en el desarrollo productivo-industrial. El proceso deberá iniciarse obligando a las compañías comerciales y financieras, que operan en todo Chile como «cadenas» con centro en Santiago y enlaces hacia el capital financiero transnacional, a invertir un porcentaje significativo de sus ganancias locales en esa misma localidad, según indiquen las asambleas respectivas. Se trata de reorientar su política de inversiones (actualmente volcada al mercado mundial) y asociar las asambleas respectivas a la nueva política de inversión local. El pueblo debe comenzar a administrar los recursos excedentes que con su trabajo colectivo genera.

k) La ciudadanía y el Estado deberán nacionalizar o re-nacionalizar (según indique el buen criterio) las riquezas naturales de que dispone el país (cobre, litio, oro, maderas, etc.), a efectos de aumentar el índice de su manufacturación y el valor agregado, incrementando, de paso, la oferta laboral en las regiones respectivas. La administración de las empresas que en este sentido se organicen,

deberán tener, de manera orgánica y permanente, la participación de las asambleas que correspondan, junto a los empresarios, gerentes y los técnicos que colaboren en su gestión.

- l) El Estado nacional y/o las asambleas regionales deberán tomar a su cargo (o participar activamente en) la administración de las empresas o servicios que se relacionan directamente con la vida comunitaria: el transporte público urbano e interurbano, los ferrocarriles nacionales (que deberán modernizarse por completo), la construcción de viviendas confortables para los trabajadores (con participación de éstos), la telefonía fija y móvil, la provisión de combustibles y electricidad, etc., evitando, sobre todo, que interfiera el lucro privado en desmedro del bienestar comunitario.
- m) La ciudadanía y el Estado promoverán la socialización de todos los fondos de pensión (AFPs e ISAPRES, en particular), y los reorganizará de manera que los propios trabajadores cotizantes participen de modo activo en su administración, con la colaboración de gestores y técnicos especializados. Es indispensable que esos fondos se inviertan en Chile (salvo que se presenten ventajas comparativas probadas en el mercado mundial), a efectos de incrementar el desarrollo material y cultural de los chilenos.
- n) Se mantendrá el cuerpo de Carabineros en tanto función preventiva y de acción operativa en torno a delitos criminales. El cuerpo de Servicios Especiales disminuirá su dotación humana y sus equipos, quedando sujeto a la dirección de las asambleas regionales, con consulta al Gobierno central. El «orden público» deberá ser supervisado y controlado por la misma ciudadanía.
- o) Se eliminará todo tipo de discriminación en todas las instancias de la vida pública y privada: la racial, la social, las culturales, religiosas, de género, etaria y de cualquier otro tipo. Lo mismo respecto a la imposición de dogmatismos unilaterales. Podrá, por tanto, permitirse el aborto libremente consentido, el divorcio, el matrimonio homosexual, etc.

p) La ciudadanía y el Estado deberán reconocer a los pueblos indígenas del país en su condición de tales, y restablecer, progresivamente, el dominio usufructuario de su territorio original, con las limitaciones que indique la prudencia ciudadana. Como tales, deberán participar –si así lo manifiesten– en las asambleas sociales y ciudadanas, a todo nivel.

q) En política exterior se privilegiará, por sobre toda otra convención, la relación fraternal con los pueblos latinoamericanos, en una línea de integración progresiva (sobre todo en los planos económico y cultural) y superación programada de las fronteras heredadas del pasado. Esta política deberá prevalecer sobre la actual red de tratados de libre comercio con todos los países desarrollados del orbe.

r) La ciudadanía y el Estado promoverán el desarrollo –en todos los ámbitos que corresponda– de la cultura social local y nacional que vaya surgiendo de todas las tareas que implica la transformación soberana del Estado, del mercado y, por consiguiente, también de la sociedad chilena. Debe privilegiarse la cultura-sujeto que se potenciará en este proceso, por sobre la cultura-objeto que se importa, se compra, se consume y se memoriza por mera imitación. Debe, por tanto, eliminarse todo impuesto a la cultura (empezando, por ejemplo, con el impuesto a los libros). Esto implica fomentar y proteger los medios de comunicación popular directa (radios y canales de televisión poblacional, boletines, periódicos, etc.), puesto que ellos facilitan el desarrollo de la deliberación ciudadana. Eso contribuye también a consolidar la cultura del «poder constituyente» del pueblo en general.

La Reina, octubre de 2011 a mayo de 2012.

[1 Sobre todo de R. Cristi & P. Ruiz-Tagle: La República de Chile: teoría y práctica del constitucionalismo republicano \(Santiago, 2006. LOM Ediciones\).](#)

También de S. Correa & P. Ruiz-Tagle: Ciudadanos en democracia. Fundamentos del sistema político chileno (Santiago 2010. Debate) y Claudio Fuentes (Ed.): En el nombre del pueblo: debate sobre el cambio constitucional en Chile (Santiago, 2010. Universidad Diego Portales). En general, son trabajos de gran interés que versan sobre aspectos filosóficos, jurídicos o históricos sobre el «problema teórico» de la constitucionalidad. Para un enfoque distinto: G. Salazar: En el nombre del poder popular constituyente (Santiago, 2011. LOM Ediciones).

2 Ver de G. Salazar y J. Pinto: Historia contemporánea de Chile (Santiago, 1999. LOM Ediciones), volumen I; de G. Salazar: Construcción de Estado en Chile... op. cit.; Violencia política popular en las grandes alamedas... op. cit.; El poder constituyente de asalariados e intelectuales... op. cit. Son de interés los artículos publicados al respecto por el profesor Sergio Grez.

3 Ver el capítulo 2 de este trabajo.

4 Un ejemplo de articulación armónica entre ambas soberanías en la Constitución de 1828, que fue dictada íntegramente por una Asamblea Constituyente ciudadana, libremente electa.

La vía popular y de los pueblos

a la Constituyente Social*

La memoria social no se olvida, se transforma

Chile enfrenta el agotamiento generalizado del modelo económico y cultural imperante hasta ahora. El neoliberalismo ha fracasado y sus sostenedores duopólicos no han logrado controlar el desborde de un nuevo movimiento social. Los pueblos de Chile gritan ¡basta!

En 2015 decidimos interpelar al gobierno a cumplir los plazos anunciados –en cadena nacional por la presidenta Bachelet– para iniciar el llamado «proceso constituyente» (en septiembre de 2015). Sin embargo, el gobierno no hizo más que postergarnos y derivarnos a distintos ministerios, sin pavimentar algún camino institucional, democrático, ni participativo que cumpla con lo señalado.

Este 2016, las cúpulas del viejo Estado, como la SEGPRES, el Congreso y el Consejo Ciudadano de Observadores, conjuraron hacer de los «foros, consultas y cabildos» mecanismos ideológicamente falsos de participación social. La élite gobernante se autodesigna e intenta investirse con un poder que no tiene, clausurando, desde arriba, la deliberación constituyente que surge desde abajo.

Los movimientos sociales decidimos impugnar este camino patronal y continuar nuestra marcha por la Vía popular y de los pueblos a la Constituyente Social. Esta vereda política de transformaciones radicales es un ejercicio de encuentro, de construcción y de baile:

El encuentro es la asamblea como voluntad soberana de la ciudadanía y los pueblos.

La construcción está en las constituyentes sociales como espacio deliberativo y de movilización, donde nace una nueva Constitución.

El baile es la alegría de la construcción colectiva que recupera confianzas y teje vínculos.

La vía se recorre todos los días en la lucha y organización para crear un poder popular constituyente que nos permita implementar un proyecto de buen vivir para Chile. Esta es La vía popular y de los pueblos a la Constituyente Social.

¿Quiénes somos?

La vía somos los movimientos sociales y una sociedad en movimiento que camina en la construcción de un poder social desde abajo y en la creación de una institucionalidad social revolucionaria que supere el capitalismo y el patriarcado.

La vía se hermana con los distintos proyectos constituyentes emancipatorios que recorren la Patria Grande. Solidarizamos pueblo a pueblo, «porque América se libera unida».

La vía cree en el carácter intercultural de la población, reconoce las identidades

de los pueblos, su pertenencia a la tierra y las diferentes formas de autogestión, autoeducación y autogobierno.

La vía apoya todas las formas de lucha que permitan el cambio. «Con y sin capucha, que el pueblo mande en las calles, en las asambleas y en las urnas» (Encuentro de Las y Los que Luchan, 2015).

¿Qué estamos llevando adelante?

Un proceso democrático, participativo e institucional revolucionario que genere la unidad de la ciudadanía y los pueblos en torno a la lucha social y el ejercicio del buen gobierno.

Un proceso libre, soberano y espontáneo que construye un poder paralelo al estatal, desde una mayoría activa contra una minoría poderosa y dominante.

Un proceso horizontalizado y deliberante que cree una conciencia crítica a través de la educación popular y de la misma práctica revolucionaria.

Un proceso de lucha y organización que permita una revalorización de la política llevándola nuevamente al espacio público.

Un proceso feminista y comunitario que recupera la memoria histórica, que reconoce a la mujer como la mitad de cada pueblo y que germina nuevos modos de producción de vida en armonía con la madre tierra.

Un proceso solidario y fraternal que fortalezca donde haya y cree donde no, ejercicios de autonomía territorial y de construcción de poder popular.

Un proceso cooperativo y autogestionario que priorice el valor de uso por sobre el valor de cambio de la propiedad. No somos dueños del espacio, somos del espacio. Creamos en los hechos y en el derecho a un área de propiedad y producción social bajo control comunitario.

Un proceso de articulación y coordinación que permita la acumulación de fuerza de la ciudadanía y de los pueblos. Es la conformación de un movimiento político, social y cultural de liberación internacionalista.

¡Que el pueblo mande!

Chile-Junio de 2016

Declaración de las bases populares y ciudadanas manifestada en la lucha constituyente social*

-

Valores y principios

- A Igualdad y libertad van de la mano, es deliberar
- B Integración latinoamericana y del Caribe
- C Feminismo comunitario
- CH Lucha social
- D Autogestión
- E Comunidad
- F Buen vivir

Derechos

- G Respeto a la madre tierra y a la mujer
- H Vivienda digna
- I Igualdad para ser felices
- J Educación pública gratuita y digna para todos y todas
- K Vivienda y educación autogestionaria
- L Reparación previsional y ayuda mutua
- LL Fuerza pública sin represión, ni criminalización de la lucha social

Deberes y responsabilidades

M	Oponerse al concepto dominante de «crecimiento ec
N	Autogestión del hábitat
Ñ	Fin a la violencia a la mujer. No se negará la diversi
O	Oponerse a la desigualdad
P	Lealtad de las FF.AA. y de Orden al pueblo
Q	Democratización radical del poder
R	Probidad y buen gobierno. No robar, no mentir, no se
Instituciones	
S	Mecanismos efectivos de participación ciudadana y
T	Nuevo Código del Trabajo
U	El nuevo Estado debe representar orgánicamente las
V	El nuevo Estado debe representar los intereses gener
W	Asambleas locales o consejos ciudadanos
X	Organizaciones sociales (incluye gremios y sindicato
Y	Partidos políticos

Material gráfico

Anexo 2

ACTA DE REFERENCIA PARA LOS ENCUENTROS LOCALES

Alcaldesas y alcaldes que participan en la convocatoria en Ruta de Encuentro 2014

VALORES Y PRINCIPIOS

Alcaldesas y alcaldes que participan en la convocatoria en Ruta de Encuentro 2014

Alcaldesas y alcaldes que participan en la convocatoria en Ruta de Encuentro 2014

VALORES Y PRINCIPIOS	Concordia	Discrepancia
Igualdad y libertad mas de la misma, en deliberación.	<input checked="" type="checkbox"/> <input type="radio"/> <input type="radio"/>	Defendemos para proponer e imponer las leyes/bases que necesitamos. Libertad más de las ratios de estos sistemas, de lo que afecta al bienestar de estos. Nos relacionamos entre nosotros y respetando: de la igualdad y las viejas formas de poder.
Feminismo Comunitario.	<input checked="" type="checkbox"/> <input type="radio"/> <input type="radio"/>	Superar la racionalidad y la instrumentalización de beneficios como razón de ser. Acabar con la explosión y el patriarcado. Nos inspiramos en las creencias, saberes y prácticas de los pueblos de nuestra América.
Integración Latinoamericana y del Caribe.	<input checked="" type="checkbox"/> <input type="radio"/> <input type="radio"/>	Chile nació (nació) con los pueblos latinoamericanos en una línea de integración contemporánea, progresista y de superación progresista de las fronteras rígidas heredadas del pasado. Unidad popular a través de la integración Centro Latinoamericana y del Caribe.
Lucha Social	<input checked="" type="checkbox"/> <input type="radio"/> <input type="radio"/>	La constitución NO es una norma que impone los sistema para controlar el pueblo, sino una norma que da al pueblo para controlar a los gobiernos. El pueblo nació, sin autoridad abusiva. La lucha social se expresa contra el estado, sin el estado y desde el estado.
Autogobierno	<input checked="" type="checkbox"/> <input type="radio"/> <input type="radio"/>	Autogobierno, Autonomía y control popular de los medios de producción. Crear las normas, recursos y fondos del Área Social de la Propiedad y la Producción, sin lucro. Bajo régimen de pertenencia Común. Buscar vivir en comunidad.
Comunidad	<input checked="" type="checkbox"/> <input type="radio"/> <input type="radio"/>	Cooperación, Autonomía y Autogobierno como formas de producción de vida. Vivir bien, estableciendo nuevas relaciones de sego, culturales y de producción sobre la base de la ayuda mutua y no de la competencia.
Bien común	<input checked="" type="checkbox"/> <input type="radio"/> <input type="radio"/>	No necesitamos ni vivir mejor que otros ni vivir mejor que otros. Los pueblos devolvemos por vivir bien, por una manera diferente de relaciones, en armonía con la madre tierra.

ACTA Encuentro Local

DE CONSTITUCIÓN

卷之三

„Culture war has become the dominant mode of communication and the dominant mode of political action in the United States.“

DETALLE	CATEGORÍA	DETALLE
Respeto a la madre tierra y a la mujer	respeto mujer mujer	La naturaleza tiene vida y por ello debe respetarse. Son las fuerzas (naturaleza) y naturalezas un todo en relación permanente. La mujer es la mitad de cada pueblo.
Pluriculturalismo	respeto mujer mujer	Pluriculturalismo. Las diferencias étnicas o étnico-lingüísticas son una fuente de diversidad social. Resaltar la diversidad étnica, diversidad étnica, y respetar la diversidad étnica. El respeto a la diversidad étnica es el respeto a la diversidad étnica y diversidad étnica del hombre.
Equidad para que el pueblo andino	respeto mujer mujer	Los Constituyentes garantizarán, a todo nivel, la adecuada igualdad de condiciones entre el hombre y la mujer y la libertad de opciones personales. Resaltar una orientación por la igualdad.
Educación pública gratuita y digna para todos y todas	respeto mujer mujer	Financiación y supervisión adecuadas por el Estado para definir y supervisar por la comunidad local. Los educandos tendrán prioridad en las escuelas estableciéndose en la educación superior, pero deben disponerse a su misma en tanto lo que sea necesario.
Pluricultural y Educación autogestiónaria	respeto mujer mujer	Nuevos perfiles se crean, que correspondan al desarrollo de propiedades y las posibilidades, en decir, capacitar diversas y necesidades que surgen y desarrollar las comunidades para dar respuesta a las necesidades regionales, diversas el Estado no puede y el Municipio no querer.
Desigualdad preexistente y actualizada	respeto mujer mujer	El Estado Central no descentralizará todos los fondos de pensión (los AFPs y los ISAPREs), y garantizará que las trabajadoras rurales participen plenamente en su administración, bajo la supervisión directa del Estado Central y de las Asambleas Regionales.
A la Población Pública sin representación ni criminalización de la fuerza social	respeto mujer mujer	Los funcionarios y los trabajadores se presentan y se asocian entre sí en diferentes administraciones. Los PFEPE desempeñan su función, respetan, garantizan y respetan las determinaciones de los consejos preexistentes y los del Gobierno Central. Los PFEPE tienen el deber de administrar y operar dentro de la administración.

ACTA Encuentro Local

CONSTITUCIÓN

OPINIONES Y RESPONSABILIDADES

Coloca tu voto en el cuadro y responde a la pregunta más importante que te compromete sobre tu rol como político:

¿Cuál es tu rol como político y cuáles son las principales responsabilidades que te comprometen dentro de tu rol como político?

TIPO DE RESPONSABILIDAD	OPINIÓN	COMENTARIO
Oppositor al concepto dominante de "crecimiento económico y desarrollo".	<input checked="" type="checkbox"/> <input type="radio"/> <input type="radio"/>	No es una trascendencia fiscal ni obligatoria del nuevo Estado de Chile. No es un fin irreconciliable de los gobiernos. El crecimiento es un instrumento para reducir pobreza y no al revés.
Autogestión del territorio	<input type="checkbox"/> <input checked="" type="radio"/> <input type="radio"/>	No son las burocracias, ni las autoridades. Son las producciones locales del territorio. Separar el Estado centralizado (que no obedece a las condiciones de territorio, condición política y situación de otras para autogestión). Mi gente vive cada vez más lejos del gober.
Plan a la violencia a la mujer. No se resguarda la diversidad.	<input checked="" type="checkbox"/> <input type="radio"/> <input type="radio"/>	El plan responde al desarrollo de la violencia en espacios. Nigra a la mujer y a la diversidad. Los mapas, condonaciones y regalos a la mujer y a la diversidad tienen que ser más amplios y más justos. La tradición republicana no resguarda las justas proporciones y su pertinencia a la tierra.
Oppositor a la designación.	<input checked="" type="checkbox"/> <input type="radio"/> <input type="radio"/>	Rechazar el modelo que genera representantes sin criterios designacionales y la legitimidad de los pueblos y de las familias. Pide a las leyes de persona, agraria, laboral, LGTBI, indigenas, AFP y otras designaciones que generen designaciones y competencias.
Leyidad de los PTA, y de orden al pueblo.	<input checked="" type="checkbox"/> <input type="radio"/> <input type="radio"/>	Quedaron expresamente prohibido que ellos se auto-organizan de modo territorial (como fuerzas militares), o en recibos extranjeros donde, representativamente, se entiende en lo que se ha denominado "gobierno local".
Descentralización radical del poder	<input checked="" type="checkbox"/> <input type="radio"/> <input type="radio"/>	Toda función de representación, para asambleas o corporaciones, deberá ser provisto por los pueblos sin distinciones étnicas, raza, para garantizar el voto de los respectivos, con su voto elegir la persona adecuada. El voto de los pueblos, sin distinciones étnicas, sin voto de voto de voto.
Prohibido y hacer gobernar. No robar, No mentir, No ser falso.	<input checked="" type="checkbox"/> <input type="radio"/> <input type="radio"/>	Cárcel efectiva para el político corrupto, al violador de los Derechos Humanos, al asaltante de los activos fiscales, militares, profesionales de influencias.

ACTA Encuentro Local

CONSTITUCIÓN

INSTITUCIONES

Acta MZT/01/043 sobre la Constitución

Se han formulado 7 alternativas para elegir la mejor propuesta para la Constitución. Se han votado las siguientes alternativas:

alternativa	Características	Comentarios
Mejoramiento efectivo de participación ciudadana y autoridad relativa a las regiones del país	<input checked="" type="radio"/> <input type="radio"/> <input type="radio"/>	Devolución efectiva respetando a la administración local sin los recursos que genera. Los Asambleas Comunitarias y/o Regionales deberán hacerse cargo directamente de la administración de las empresas, ejemplos: de transporte público, las ferrocarriles, la construcción de viviendas, telefonía y telefonía móvil.
Nueva calidad del trabajo.	<input checked="" type="radio"/> <input type="radio"/> <input type="radio"/>	Colaboración entre el trabajo social de los participantes ademas de las autoridades. Funcional a los nuevos planes de desarrollo productivo-industrial, rural y comunitario. Que fomente las tecnologías del trabajador y trabajadora. Un trabajo justo. Descentralizar y el desarrollo de una cultura productiva.
El nuevo Estado debe representar corriéndose las asambleas locales.	<input checked="" type="radio"/> <input type="radio"/> <input type="radio"/>	Se autorizarán las asambleas de gobierno local, estas se proyectarán directamente en las asambleas de gobierno comunal y/o regional, y ésta dentro de una Asamblea Nacional que para tales efectos deberá ser el Senado.
El nuevo Estado debe representar los intereses generales de la Nación.	<input checked="" type="radio"/> <input type="radio"/> <input type="radio"/>	A través del Gobierno Central y la Cámara de Diputados. Para la aprobación de las propuestas de ley, las autoras representarán todo el Senado. Los diputados deberán ser propuestos en forma por los Asambleas Regionales y elegidos por el Gobierno.
Asambleas locales y regionales ciudadanas.	<input checked="" type="radio"/> <input type="radio"/> <input type="radio"/>	Revocatorias en incidencia al nivel del Senado. El que impusieran y controlaran el funcionamiento del proceso electoral, según las órdenes Procesos demandas y/o Oídos, las que deberán establecerse progresivamente en el servicio público en todo el territorio, con el propósito de la ciudadanía.
Organizaciones sociales (clases, gremios y sindicatos).	<input checked="" type="radio"/> <input type="radio"/> <input type="radio"/>	Tendrán incidencia efectiva en las asambleas, locales, comunitarias y regionales. Tendrán poder revocatorio para reponer autoridades luego de un juicio de comodoro, siendo su creación el complemento del 'binomio'.
Partidos políticos.	<input checked="" type="radio"/> <input type="radio"/> <input type="radio"/>	Tendrán incidencia efectiva solo en la Cámara de Diputados y la Presidencia.

CONVOCATORIA: UNA VÍA POPULAR Y DE LOS PUEBLOS A LA CONSTITUYENTE



ACTO POR LA DESCENTRALIZACIÓN DE LA RIQUEZA Y EL PODER

PARA FINANCIAR NUEVOS ATSER, Y EN APoyo A TODOS LOS
PUEBLOS EN LUCHA

**ANA TIJOUX * EVELYN CORNEJO * GAITAMBO
SALTAJE DECIBEL * SOLTERONAS EN ESCABECHE
TRIO LOCO * ANBLESSNABI**

CONTACTO: TRACONSTITUYENTE@GMAIL.COM

TEATRO CARIOLA (SAN DIEGO #246)
MIÉRCOLES 14 DE MARZO / 18:00 hrs / \$1000 + MÚLTIPLES PRECIOS

International Transcription, Inc., 1000 19th Street, Suite 700, Denver, CO 80202 • 800.333.8399 • 303.296.5000

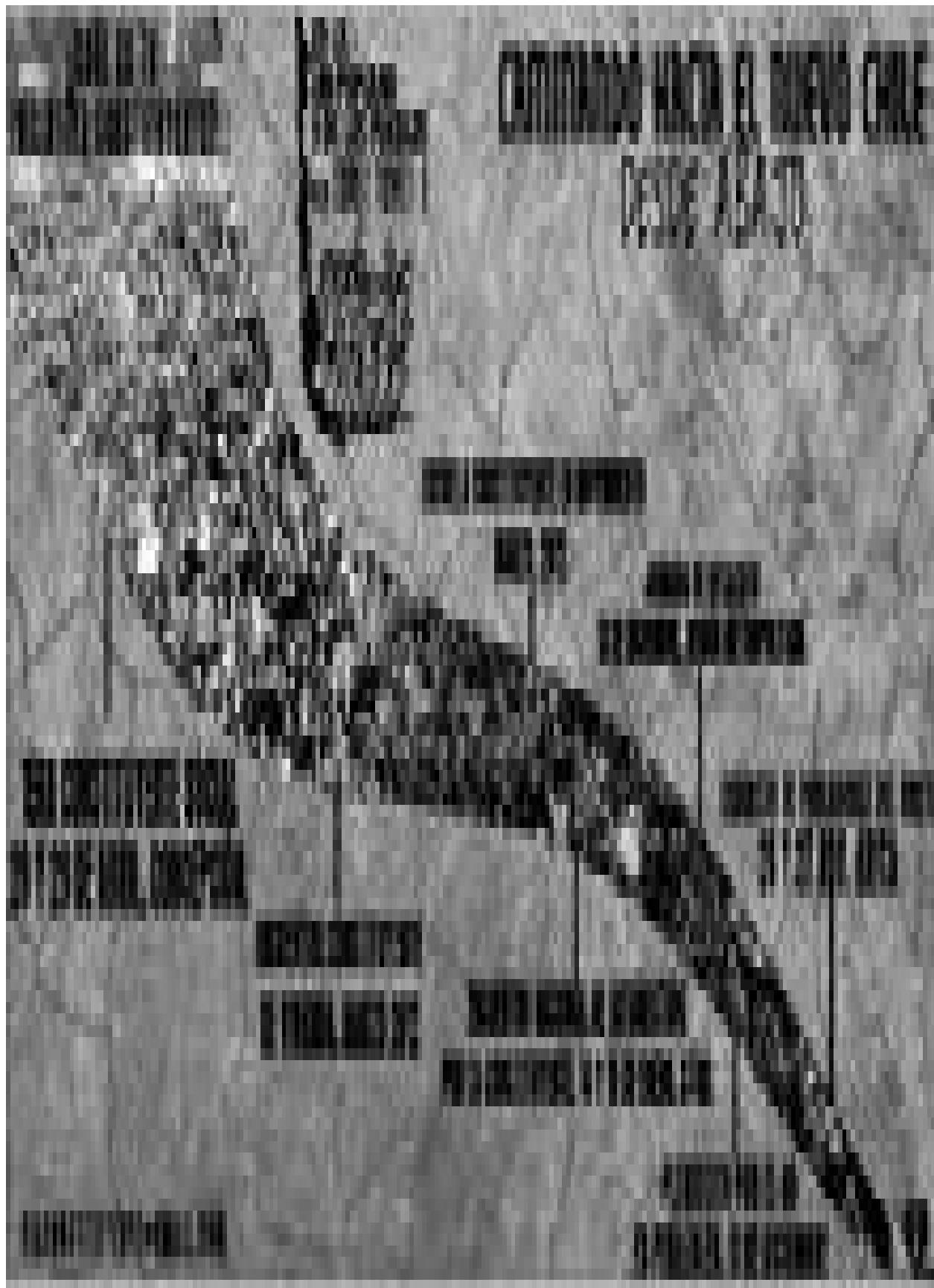
10 of 10

Библиотека на территории
Санкт-Петербурга расположена
на территории Российской Федерации
и подчиняется Министерству культуры
Санкт-Петербурга.

CONGRESO PREPARATORIO PARA LA PATRIA CONSTITUYENTE



情平生所見，惟此一派，其餘皆是，故不復記。此一派，
實為吾人所見之最難得者，其餘皆是，故不復記。此一派，
實為吾人所見之最難得者，其餘皆是，故不復記。



ACTIVIDADES CONSTITUYENTES



Digitized by srujanika@gmail.com

1990 (1990). *Concise Encyclopedia of the Russian and Soviet Periods and Personalities*. 2 vols.

Digitized by srujanika@gmail.com

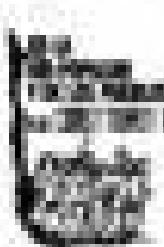
Journal of Economic Surveys (2012) 26:1121–1156

2013.08.22, 10:45pm, 10499912941 (Dynamilis)

THEORY AND PRACTICE IN THE CLASSROOM

Digitized by srujanika@gmail.com

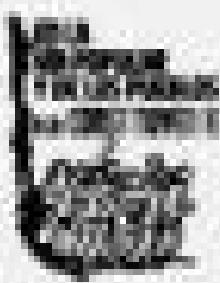
Castro, 1996; Gómez, 1996; Gómez et al., 1996).



DICHAUTO EN LA VÍA POPULAR Y DE LOS PUEBLOS A LA CONSTITUYENTE



DOMINGO 26 / 11:00 HRS
LUGAR: SEDE MCAB-DICHAUTO



CONVOCÓ:

MOVIMIENTO CIUDADANO ASAMBLEA DE DICHAUTO

EN UNA PROPUESTA DE LOS PUEBLOS
A LA CONSTITUYENTE SOCIAL

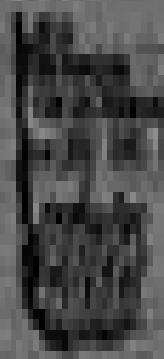
JORNADA DE REFLEXIÓN

ESTRUCTURAS SOCIALES

ESTRUCTURAS

ESTRUCTURAS SOCIALES

ESTRUCTURAS



OPENSTIVA PÚBLICA NACIONAL CONSTITUYENTE

Constituyentes y Consulta Popular

Facultad de Filosofía y Humanidades U. de Chile

Asociación Civil por la Constitución Popular

Colaboración Profesores Felipe Salazar y Sergio Breg

Sábado 23 de Noviembre - 10 de la mañana



Facultad de Filosofía e Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile